

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 4

LA MARCA DE LA CORONA

Jude Watson

Título original: Star Wars. Jedi Apprentice. The Mark of the Crown.

Traducción: Pilar Pascual Fraile.

Capítulo 1

Tan pronto como Obi-Wan Kenobi y Qui-Gon descendieron de la rampa de salida de su transporte en el planeta Gala, un coche nube ronroneó al detenerse ante sus pies.

La puerta se abrió sin hacer ruido. Una rampa se deslizó hacia abajo. Un conductor vestido de uniforme salió del vehículo y se quedó esperando al lado de la puerta abierta. Obi-Wan pudo entrever un interior lujoso.

—La reina Veda ha mandado su transporte personal para los Jedi —anunció el conductor.

—Agradezca por favor a la Reina su hospitalidad —dijo Qui-Gon haciendo una pequeña reverencia—. Pero hace un día muy bueno. Preferimos ir andando a palacio.

El conductor se sorprendió.

—Pero la Reina me ordenó que...

—Gracias —cortó Qui-Gon y pasó andando delante del conductor.

Obi-Wan siguió a su Maestro. Sabía que el estado del tiempo nada tenía que ver con que Qui-Gon hubiese decidido caminar. La misión de un Jedi comienza en el momento en que sus pies tocan la superficie de un nuevo planeta. Cada uno de sus sentidos tiene que concentrarse en lo que le rodea. Conjuntando la vista, el olfato, el sonido y el tacto se ayuda a que la Fuerza aparezca. Se dice que algunos Maestros Jedi han podido ver la manera de solucionar una misión con sólo dar unos pocos pasos en un mundo nuevo.

Obi-Wan a sus trece años no era un Maestro, ni siquiera un Caballero Jedi todavía. Como aprendiz tenía aún un largo camino que recorrer. Pero incluso un aprendiz podía sentir los temblores oscuros que discurrían debajo de la apacible superficie de Galu, la capital de Gala. Obi-Wan no podía prever el final de la misión, pero sí podía casi sentir que el éxito sería difícil de conseguir y que estaba muy poco asegurado.

Salieron del espaciopuerto y se adentraron en los amplios bulevares de la ciudad. Galu era una urbe construida sobre tres montañas. En la cima de la más alta brillaba un palacio blanco, visible desde cualquier punto de la ciudad.

Gala había sido un planeta próspero, la joya de su sistema. Todavía tenía un grupo de ciudadanos ricos, pero la distancia entre aquellos que tenían riqueza y los que no tenían nada era grande. A la vez que los coches nube casi tan lujosos como el de la Reina pasaban zumbando, los mendigos se humillaban para pedir comida y dinero en las calles de la ciudad.

Obi-Wan había estado en Galu en su última misión. Ya había visto la decadencia en los edificios que antes eran grandiosos. La piedra estaba picada y desgastada y no había sido recompuesta. Los árboles que llenaban antes los amplios bulevares ahora permanecían abandonados, muertos y doblados, erigiéndose sobre el terreno como garras.

—La Reina ha tomado la decisión correcta —señaló Qui-Gon—. Las elecciones puede que estabilicen el planeta. Es el momento de que la democracia llegue a Gala.

—Hace tiempo que ya era el momento, me parece —corroboró Obi-Wan—. ¿Por qué crees que la reina Veda ha tomado la decisión ahora?

—Hay un gran peligro de que estalle una guerra civil aquí —dijo Qui-Gon—. La dinastía Tallah ha estado en el poder mil años. Eso funcionó un tiempo. Pero el poder puede corromper. Después de que muriera el rey Cana, la Reina sabía que el poder de la monarquía estaba decreciendo. Se dejó llevar por los deseos de la gente y convocó elecciones.

—Es por eso que su hijo, el príncipe Beju, puede ser peligroso —añadió Obi-Wan—. ¿Cómo crees que reaccionará cuando nos vea?

Hacía unos días que el Jedi había frustrado el plan del Príncipe de convertirse en un héroe ante la gente de Gala. Beju había motivado la escasez de bacta en Gala. El bacta era una sustancia que se usaba para curar heridas y regenerar tejidos dañados. Sus propiedades milagrosas salvaban vidas. Después de que el Príncipe creó la falsa escasez de bacta, había hecho un acuerdo con el Sindicato, un partido político ilegal del planeta vecino Phindar, para importar bacta a Gala. Obi-Wan había arruinado su plan haciéndose pasar por el Príncipe y ayudando a los ciudadanos de Phindar a echar al Sindicato del poder.

—No creo que me reciba con los brazos abiertos —continuó diciendo Obi-Wan—. Después de todo, yo le *secuestré*.

—Tiene más que perder si se opone a nosotros —señaló Qui-Gon—. Él debería haber ayudado con el plan sobre el bacta, pero estoy casi seguro que no era idea de la reina Veda. Si nos mantenemos en silencio sobre lo que pasó en Phindar, no hay duda de que el Príncipe tampoco hablará de ello.

—Bien —dijo Obi-Wan.

—Aunque él seguirá considerándonos sus enemigos —añadió Qui-Gon.

Obi-Wan tuvo una visión interior. A menudo Qui-Gon le mencionaba noticias contrastadas y luego las contradecía en la siguiente frase. Era su manera de decirle a Obi-Wan que nada estaba asegurado, que las cosas son cambiantes. "No cuentes con nada. Todo cambia", le había dicho Qui-Gon muchas veces. Y siempre había tenido razón.

De repente, Obi-Wan sintió una interferencia en la Fuerza, como una ola oscura.

—Sí —murmuró Qui-Gon.

Se pararon un momento. La calle por la que habían bajado estaba desierta. Y ahora oían unos gritos.

Se movieron juntos, sin hablar, hacia el sonido. Ninguno cogió su sable láser, ni siquiera se llevaron la mano al cinturón. Pero cada nervio de su cuerpo estaba en guardia, alerta.

De repente, una multitud surgió detrás de una esquina avanzando hacia ellos. Portaban unas señales láser intermitentes que mostraban la palabra "Deca".

Obi-Wan se relajó. Se dio cuenta de que era una manifestación política. Deca Brun era uno de los candidatos al gobierno de Gala.

—La democracia ya funciona —observó.

La gente se animaba ante las luces del láser, que una vez eran de color dorado y otras azules.

Qui-Gon todavía permanecía alerta.

—Pasa algo más —murmuró.

Se volvió para mirar atrás.

De una estrecha calle perpendicular detrás de ellos surgió de repente otra multitud que salió al bulvar. Mostraban señales en las que se podía leer "Wila Prammi".

—Wila Prammi, el tercer candidato —remarcó Obi-Wan.

Yoda le había explicado brevemente algunas cosas sobre los dos candidatos que se oponían al príncipe Beju.

La multitud que apoyaba a Deca Brun se echó hacia delante y los simpatizantes de Prammi empezaron a correr hacia ellos. Obi-Wan y Qui-Gon se encontraron atrapados en medio de los dos grupos. De repente, los estandartes empezaron a ser utilizados como porras y los puños y las patadas se sucedieron cuando los dos grupos se encontraron.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. No era el momento de utilizar los sables láser. Ninguno de los dos grupos blandía armas. Pero aun así, corrían peligro. Estaban en el medio de una multitud encrespada.

Un fornido habitante de Gala que portaba una señal láser de repente se abalanzó hacia Obi-Wan, levantando en el aire su señal. Obi-Wan se inclinó hacia el lado izquierdo y, bajando su hombro, se encogió sobre sí mismo. Cayó al suelo unos pocos metros lejos del atacante cuando la señal luminosa caía sobre el hombro de otra persona.

Dos simpatizantes de Deca agarraron a Qui-Gon por los brazos mientras que un tercero echaba el puño hacia atrás para golpearle. Qui-Gon utilizó una técnica de huida clásica de los Jedi, retorciendo el cuerpo hacia abajo y luego estirándose, mientras golpeaba con la cabeza hacia arriba. Los dos simpatizantes de Deca acabaron con heridas en sus brazos y en la cabeza. Miraron alrededor buscando a Qui-Gon, pero éste ya se había ido, llevándose a Obi-Wan a uno de los lados de la calle.

—No hacemos nada aquí —le dijo a Obi-Wan—. Vamonos.

Esquivaron a un simpatizante de Wila Prammi que ponía la zancadilla a uno de Deca y que luego le golpeaba en la cabeza.

—El camino hacia la democracia puede ser duro —comentó Qui-Gon, mientras

se apresuraban a alejarse de aquel lugar—. Pero en Gala, parece que va a ser más duro que en cualquier otro sitio.

Capítulo 2

El Gran Palacio de Gala se alzaba ante ellos, un impresionante edificio blanco con dos torres altas. Alrededor de las ventanas y en el interior de los capiteles de las torres había cristales azules de azurita brillantes y gemas en los dibujos de los mosaicos. El techo era de oro.

El techo dorado y los mosaicos brillantes hacían que el palacio reluciera como si no fuese real.

Los Jedi fueron conducidos a través de largos pasillos hasta la sala de visitas, donde les esperaba la reina Veda. Llevaba puesta una túnica de plata brillante que parecía cambiar de color cuando se movía. Sombras azules y verdes se proyectaban al acercarse la Reina a recibirlos. Su peinado dorado estaba adornado con cristales verdes y azules.

Qui-Gon apenas se fijó en su elegante atuendo. Estaba impresionado por recibir su Fuerza vital. O más bien por *no* recibirla. Era muy extraño. La Reina era de mediana edad, pero él podía sentir un grave trastorno, como si estuviese gravemente enferma o a punto de morir.

Qui-Gon y Obi-Wan se inclinaron para hacer una reverencia de bienvenida.

—Bienvenidos a Gala, vosotros, Jedi —dijo la Reina.

Su voz todavía sonaba con firme autoridad. Qui-Gon se preguntaba si habría preparado su fortaleza para el encuentro, para causarles buena impresión. Los galacianos eran conocidos por su tono distintivo y pálido de piel, un tono azulado que ellos denominaban "luz de luna". Pero la piel de la Reina no estaba luminosa, sino que presentaba un color poco saludable parecido al de los huesos.

—Hemos traído un cargamento de bacta como regalo —le comunicó Qui-Gon—. Lo hemos dejado en la terminal de carga del espaciopuerto.

—Lo necesitamos desesperadamente —contestó la Reina—. Gracias. Haré que lo distribuyan a los centros médicos.

Qui-Gon observó su cara detenidamente. En sus ojos azul pálido, que tenían el color de las sombras del hielo, sólo pudo leer confianza y gratitud. No mostró ningún síntoma de haber oído una palabra del plan del príncipe Beju.

Todavía intrigado por su estado de salud, Qui-Gon la estudió de la manera que lo hacen los Jedi, sin que se note que están observando. Se sorprendió cuando ella se dio cuenta astutamente de su actitud, como demostraba su inteligente mirada.

—Sí —dijo suavemente—. Tienes razón. Estoy muñéndome.

Qui-Gon sintió la sorpresa de Obi-Wan que estaba a su lado. Sabía que el chico no se había dado cuenta de la enfermedad de la Reina. Obi-Wan tenía instintos excelentes, pero a menudo le fallaba la conexión con la Fuerza vital.

—Mi condición simplifica encuentros como éstos —continuó la reina Veda, gesticulando con una de sus enjoyadas manos—. Seré directa y espero que

vosotros también lo seáis.

—Nosotros somos siempre directos —respondió Qui-Gon.

La reina Veda asintió. Se sentó en una silla e hizo un gesto para indicar a los Jedi que se sentaran también.

—He estado pensando en hacer un trato acerca de lo que quiero dejar después de mí —comenzó a relatar la Reina—. Gala necesita la democracia. La gente la pide y yo la he garantizado como mi último acto como Reina. Ése será mi legado. Hay una gran inquietud aquí en la ciudad y también en el campo. Mi marido, el rey Cana, gobernó durante treinta años. Sus intenciones fueron buenas, pero la corrupción invadió nuestro Consejo de Ministros y a los gobernantes de las provincias circundantes. Unas pocas familias poderosas controlaban los puestos importantes. Mi marido no pudo pararlo. Y ahora temo que estalle una guerra civil. La única cosa que puede evitarlo serán unas elecciones libres. Y es por eso que he pedido ayuda a los Jedi para que vigilen el proceso.

Qui-Gon asintió.

— ¿Qué problemas prevé que podamos encontrarnos? —preguntó suavemente.

No deseaba nombrar al príncipe Beju. Quería que fuese ella la que sacase el tema. Así sabría a quién apoyaba.

—Mi hijo Beju —contestó la Reina directamente—. Es el último de la gran dinastía Tallah, un hecho que él no deja de recordarme a cada momento. Toda su vida ha esperado para gobernar Gala. No me ha perdonado el que haya convocado elecciones. Os creará problemas, me temo. Si gana las elecciones, mantendrá el sistema monárquico. —La Reina se encogió de hombros—. Tiene algún apoyo. Y el que no pueda lograr por métodos legales, lo robará o comprará.

Qui-Gon asintió tratando de no demostrar su sorpresa ante las duras palabras de una madre hacia su hijo.

—No me opongo a mi hijo —continuó explicando la reina Veda—. Es cierto que le he arrebatado un derecho a gobernar que tenía de nacimiento. Al menos le debo mi lealtad. No apoyaré públicamente a otro candidato. Pero en privado, deseo que mi hijo pierda. No sólo es lo mejor para Gala, es lo mejor para Beju. Deseo que se convierta en un ciudadano más, que se libre de todo esto —movió la mano con un gesto que abarcaba la inmensa habitación—. He visto lo que el poder hizo en mi marido. Le corrompió, él era un hombre bueno. No quiero que mi hijo sufra el mismo destino, tiene solamente dieciséis años. Con el tiempo entenderá por qué he hecho todo esto. *Él* también es mi legado. —La reina Veda terminó su relato suavemente—. Me gustaría dejar detrás un hijo que tenga una vida feliz.

— ¿Cree que tiene alguna opción de ganar? —Qui-Gon preguntó.

La Reina frunció el ceño.

—Todavía hay un grupo de simpatizantes monárquicos. El Príncipe ha vivido

retirado gran parte de su vida, desde que temimos por su seguridad. Incluso ha sido educado fuera del planeta. No se sabe mucho de él, y lo que puede jugar a su favor.

La reina Veda sonrió a Qui-Gon.

—Estás sorprendido por mi honestidad. Cuando el tiempo se acaba, no hay que malgastarlo engañándose a uno mismo.

— ¿Qué hay de los otros candidatos, Deca Brun y Wila Prammi? —preguntó Obi-Wan— ¿Hay algún favorito?

—El preferido es Deca Brun —contestó la reina Veda—. Es un héroe para la gente de Gala. Les ha prometido reformas y prosperidad. No será tan fácil, pero él hace que suene bien.

— ¿Y Wila Prammi? —puntualizó Qui-Gon.

—Ella tiene más experiencia —replicó la Reina—. Era ayudante de un ministro aquí en palacio. Sus ideas se basan en la realidad. Desafortunadamente, su experiencia en palacio la perjudica en algunos sectores y su brusquedad, en otros. Tiene sus apoyos, pero se prevé que pierda.

— ¿Se espera que haya violencia? —preguntó Qui-Gon—. Nos hemos encontrado con algunos simpatizantes en la calle. Los ánimos están encendidos.

—Sí, ha habido algunos incidentes —admitió la Reina—. Pero creo que la gente quiere una transición pacífica. Tan pronto como se den cuenta de que las elecciones son legales, no se opondrán, espero.

La reina Veda permaneció en silencio un momento. Qui-Gon se preguntó si estaría a punto de desfallecer. Después se dio cuenta de que estaba pensando la manera de decirles algo. Qui-Gon sabía que lo que ella le diría a partir de ese momento era la razón real por la que les había llamado. Miró de reojo a Obi-Wan para asegurarse de que el chico esperaba a que la Reina hablara. Obi-Wan asintió.

—Hay una razón que es importante —dijo la Reina al fin—. Otro factor que es importante que tengáis en cuenta: Elan.

— ¿Elan? —Qui-Gon no había oído anteriormente ese nombre.

—Hay una facción de galacianos conocidos como la gente de la montaña —explicó la reina Veda.

Pasó la mano suavemente sobre el mosaico de azulejos que tenía en la mesa delante de ella, y una pieza de azurita azul se desprendió en su mano. Lo hizo rodar en la palma de la mano, mientras sus anillos brillaban con la luz del sol que se colaba a través de la ventana que había detrás de ella.

—Elan es su líder. La gente de la montaña son exiliados que se oponen a la monarquía y se han unido en los escarpados terrenos montañosos que están a las afueras de la capital para vivir según sus propias leyes. No reconocen al Rey ni a la Reina. Se rumorea que son fieros y poco amistosos. Nunca permanecen mucho tiempo en el mismo sitio. Recolectan su propia comida y tienen a sus propios

sanadores. Raramente se dejan ver por extraños. Y, sin embargo, son muy odiados y temidos. Elan es una leyenda, casi un fantasma. Todavía no he logrado encontrar una persona que la haya visto.

— ¿Votarán en las elecciones? —preguntó Qui-Gon.

La reina Veda negó con la cabeza.

—No. Se han negado a hacerlo. Fueron invitados

por los dos candidatos, Deca Brun y Wila Prammi, pero Elan rechazó reunirse con ellos. No reconocerá al nuevo gobernador, de la misma manera que ella nunca reconoció al rey Cana o a mí misma.

—Si eso es cierto, ¿de qué manera influirá Elan en las elecciones? —preguntó Qui-Gon.

—Ah —dijo la Reina—. La última pieza encaja en su sitio. —Depositó la pieza de azurita de vuelta a su lugar en el mosaico—. Ahora el dibujo está completo.

Obi-Wan lanzó una mirada de impaciencia a Qui-Gon. La reina Veda miraba fijamente el mosaico, perdida en sus pensamientos. Qui-Gon se dio cuenta de que había vuelto al pasado.

Pasó mucho rato hasta que ella volvió a levantar la cabeza.

—Admiro tu paciencia, Qui-Gon Jinn —dijo tranquilamente—. Ojalá yo tuviese ese don.

—No es un don, sino una lección que hay que aprender cada día —replicó Qui-Gon con una sonrisa.

La Reina le devolvió la sonrisa, afirmando con la cabeza.

—Sí, yo también intento aprenderlo. Eso me hace volver a la historia de mi vida. Cuando mi marido el rey Cana era joven y se enamoró. Nuestro matrimonio había sido concertado, como supondréis. Yo vivía en otra ciudad. Nunca nos habíamos visto. El rey Cana rompió su compromiso conmigo y se casó en secreto con otra mujer. Era una del grupo de la gente de las montañas. Naturalmente, el Consejo de Ministros se escandalizó. Ellos habían preparado nuestro matrimonio. Y el hecho de que el rey Cana se hubiese casado con una persona de las montañas era inaceptable. Los ministros tenían un gran poder y le obligaron a rechazarla. Cuando le contó a su mujer que había decidido obedecerles, ella dejó la ciudad y volvió con su gente. El Rey no sabía que era muy joven.

La Reina pasó con suavidad una mano ligeramente temblorosa sobre el tablero.

—El Rey descubrió este hecho más tarde. Y ni aun así la buscó. En aquel tiempo yo no sabía nada de todo esto. Llegué para la boda y me casé. Había una sombra en el corazón de mi marido que yo nunca entendí por qué estaba allí. Hasta el último año de su vida. Me contó la historia. Me dijo que era el mayor arrepentimiento de su vida. Nunca se había recuperado de la pérdida de su amor verdadero, ni de su cobardía al no salir a buscar a su enamorada.

—Puede que se equivocara —comentó Qui-Gon—. Está bien que reconociera

su error antes de morir. Pero, pregunto, ¿qué importancia tiene este hecho hoy en día, reina Veda? —Qui-Gon realizó esta pregunta aunque casi sabía ya la respuesta.

—Elan es su hija —la reina Veda contestó tranquilamente—. El pasado siempre vive en el presente.

— ¿Y por qué nos ha contado todo esto? —preguntó Qui-Gon.

—Porque yo también sé ahora que me estoy muriendo —contestó la Reina—. Elan es mi último secreto. Quiero hacer justicia antes de morir, justicia con Elan. Ella debería saber los derechos que tiene de nacimiento. Es la verdadera heredera de la corona, Beju no lo es. Debe tener la marca de la corona.

La Reina concluyó suavemente su relato. Su mirada empezaba a perderse otra vez, como si sus pensamientos hubiesen vuelto al pasado.

— ¿La marca de la corona? —puntualizó Qui-Gon.

—La marca de la sucesión —explicó la reina Veda—. No es una marca en el cuerpo. Es algo que sólo el Consejo de Ministros puede identificar.

— ¿El príncipe Beju no la tiene? —preguntó Qui-Gon.

—Si lo que me contó mi marido es verdad, no —replicó la Reina—. La principal preocupación del Consejo de Ministros no es probarlo. Como podéis imaginar, la mayoría de ellos no están contentos con que haya elecciones. El que gane tendrá el derecho a convocar elecciones al Consejo.

Qui-Gon asintió. Era obvio que el Consejo iba a apoyar a Beju para mantener su propio poder.

— ¿Qué quiere que hagamos? —preguntó.

—No puedo entrar en contacto con Elan —dijo la Reina—. Obviamente, ella no quiere reunirse conmigo. Pero si vosotros pudierais mandarle un mensaje y convocarla a una reunión... Poca gente rechazaría la petición de un Jedi, admitirlo. La gente de la montaña ha cortado la comunicación con el exterior. Podría mandar a alguien que transmitiera el mensaje. Viajar a las montañas es difícil y peligroso. — La Reina se miró sus manos entrelazadas—. Y hay algo más que todavía no os he contado. El Consejo no quería que vinieseis. Tuve que negociar con ellos. Según los términos de nuestro acuerdo, no se os permite la salida de la ciudad de Galu.

—Esto complica las cosas aún más —observó Qui-Gon.

—Sí, pero no las hace imposibles —la Reina comentó esperanzada—. Quizás tú puedas...

De repente la ornamental puerta de metal de la habitación fue desplazada con tanta fuerza que golpeó en la pared haciendo un gran estruendo. El príncipe Beju irrumpió acompañado de un hombre alto y calvo vestido con un traje plateado.

El Príncipe señaló con el dedo a Obi-Wan y Qui-Gon.

— ¡Abandonad Gala de inmediato! —gritó.

Capítulo 3

La Reina se puso de pie. —Beju, explícate —le ordenó, y su voz denotaba enfado.

Beju empezó a dar vueltas lentamente alrededor de los Jedi con una mirada de desprecio. Era un joven de cuerpo sólido, de altura y peso aproximado al de Obi-Wan, pero con el pelo a la altura de los hombros que era de un color tan claro que parecía blanco. Los ojos eran del mismo color azul hielo que los de su madre.

En su breve encuentro con el Príncipe, Obi-Wan había tenido tiempo de hacerse una idea completa de la arrogancia del chico. Mantuvo su propia mirada inteligente pero neutral. Qui-Gon tenía razón. No deberían enemistarse mucho más con el Príncipe.

—Se autodenominan Jedi, pero no hacen más que crear problemas —espetó el príncipe Beju—. ¿Has oído hablar de lo que hicieron en Phindar? Se entrometieron y sembraron la discordia. Hubo una gran batalla como consecuencia de sus actos, causando muchos muertos. ¿Quieres que eso pase en Gala, madre?

—Lo que hicieron fue acabar con una organización criminal que se había establecido en el planeta —replicó calmadamente la reina Veda—. Los habitantes de Phindar son libres. Y además nos han traído bacta para ayudarnos con nuestra escasez.

El Príncipe se ruborizó.

—Un regalo —comentó despectivo—. Fui yo quien estuvo en Phindar para negociar el bloqueo del bacta. ¡Gracias a los Jedi, los rebeldes de Phindar descargaron el bacta de mi nave! No hay duda de que los Jedi les ordenaron que lo hicieran. ¿Y ahora ellos traen *mi* bacta como un regalo? ¡Debe ser una broma!

Obi-Wan se estiró con rabia. ¿Por qué Qui-Gon no hablaba? El Príncipe estaba dando su propia versión de lo que había sucedido en Phindar. Y estaba llena de mentiras. El príncipe Beju sabía que los Jedi no tenían pruebas de que el Príncipe quisiera causar algún daño a Gala. Obi-Wan se dio cuenta de lo inteligente que era. Pero, ¿por qué Qui-Gon no le contaba la verdad a la reina Veda?

El delicado hombre calvo situado al lado de Beju se giró hacia los Jedi.

— ¿Qué tenéis que decir a eso?

—Este es Lonnag Giba —dijo la reina Veda, volviéndose hacia los Jedi—. Es el presidente del Consejo de Ministros, que aprobó gustosamente vuestra visita.

—Eso fue antes de que oyera las acusaciones del príncipe Beju —dijo Giba seriamente—. Os lo pregunto otra vez, Jedi, ¿qué tenéis que decir?

—Nuestra versión sobre lo que pasó en Phindar difiere de la del Príncipe —replicó Qui-Gon. Su voz no demostraba irritación o disgusto por las acusaciones del Príncipe—. Pero no tiene sentido discutir. Nosotros somos invitados aquí. ¿Por qué deberíamos defendernos? Si quiere que nos vayamos de su planeta, nos

iremos.

— ¡No! —exclamó la reina Veda.

—Sí, madre —dijo el príncipe Beju, echándose la capa hacia atrás a la vez que se giraba para situarse cara a cara con la Reina—. Déjales que se vayan. No son más que entrometidos haciéndose pasar por débiles guardianes disfrazados de Caballeros.

La Reina suspiró.

—Basta, Beju —dijo—. Ya has dado a conocer tu versión. Pero Qui-Gon Jinn tiene razón. Los Jedi han sido invitados como Guardianes de la Paz. Y queremos que las elecciones se desarrollen en un ambiente de tranquilidad, ¿no?

—No queremos elecciones en absoluto —replicó el Príncipe malhumorado—. Soy el verdadero Rey de Gala. Mi padre quería que fuese así y tú lo sabes bien. Si yo mandara en Gala, enviaría a estos creadores de problemas en el primer transporte de vuelta a su maldito Templo.

—Todavía soy yo quien manda en este planeta —dijo con suavidad la Reina—. Y ordeno que se queden.

—Por supuesto —añadió el Príncipe amargamente—. Me niegas la corona. ¿Por qué no negarme todo lo demás?

—Puede que haya una manera de llegar a un acuerdo —interrumpió suavemente Giba—. Los Jedi pueden continuar en Gala. Pero no podrán abandonar el palacio sin escolta. Mandaremos a alguien con ellos. Alguien que conozca bien la ciudad. —Se volvió hacia los Jedi—. Es por vuestra protección, también. La ciudad ahora es un sitio peligroso. Hay muchos disturbios. Necesitaréis un guía.

Giba hablaba con diplomacia, pero Obi-Wan no se creyó ni una sola palabra. El anciano sabía que los Jedi no necesitan ayuda para defenderse. Era sólo una manera de hacerles aceptar un espía que le informaría de cada uno de sus movimientos.

Obi-Wan esperó la queja de Qui-Gon. Pero, de nuevo, el Jedi no dijo palabra. ¿Por qué aceptaba ese acuerdo con esos términos tan humillantes?

La mirada de la reina Veda se detuvo por un momento en su hijo. Tenía aspecto de estar cansada, muy cansada.

—Como quieras, Beju —dijo apagadamente—. Es verdad. No te lo puedo negar todo. —Agarró con su mano un brillante bastón que colgaba de una pared. Cambió de color y adquirió un tono azul apagado—. Jono Dunn escoltará a los Jedi.

Un momento después la puerta de metal se abrió. Un chico que tendría aproximadamente la misma edad que Obi-Wan estaba parado de pie, vestido con pantalón y chaqueta de uniforme.

—Jono Dunn, ven aquí—dijo la Reina—. Éstos son los Jedi enviados a Gala para vigilar las elecciones. Se llaman Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi. Serás su

escolta durante su estancia en el planeta.

—No se les está permitido salir de palacio sin tu compañía —se apresuró a decir el príncipe Beju.

— ¿Aceptas el trato, Qui-Gon? —preguntó la reina Veda. Sus ojos le suplicaban que lo hiciese.

Qui-Gon asintió.

—Gracias por la ayuda, reina Veda —comentó tranquilamente.

Obi-Wan no podía creérselo. ¡Qui-Gon no solamente aceptaba un guardián, sino que encima le daba las gracias a la Reina!

Qui-Gon dirigió a Giba su inteligente mirada azul.

—Y gracias a ti también, Giba. Estoy seguro que nuestro guardián nos protegerá de los peligros de las calles de Galu.

Qui-Gon puso una mano sobre el hombro de Jono Dunn y lo situó entre él y Obi-Wan. Grande y fuerte, Qui-Gon sobresalía por encima del delgado muchacho. Aunque parecía tener los mismos años que Obi-Wan, el tamaño y la fuerza de este último hacían que el guardián pareciera aún más pequeño. Sin ningún esfuerzo, Qui-Gon había logrado que el ofrecimiento de Giba pareciese absurdo. Jono no podía proporcionar protección a los Jedi. Era sólo un peón del juego.

La Reina esbozó una sonrisa. La estrecha cara de Giba relucía roja de ira. Apretó sus finos labios.

—Disfrutad vuestra estancia —dijo entre dientes.

—Estoy seguro de que así será —respondió Qui-Gon.

Qui-Gon hizo una reverencia y abandonó la habitación. Obi-Wan le siguió un segundo después. Cuando llegó al pasillo, su Maestro ya se había ido.

Capítulo 4

Legado. La palabra había golpeado una fibra sensible de Qui-Gon. Necesitaba tiempo para pensar por qué le había calado tan hondo. Bajó la escalera exterior que conducía hacia los jardines. Sin duda, Obi-Wan se habría ido hacia su habitación.

Los árboles estaban a rebosar de fruta o de flores. Qui-Gon reconoció sólo unas pocas especies muja y tango. Multitud de colores, blanco, rojo, púrpura y amarillo resaltaban en los jardines floreados que estaban un poco más allá. El palacio era bien conocido por sus inmensos parques. Qui-Gon sabía que en ellos había representación de cada planta, árbol o flor que existiese en el planeta Gala. Dio un paseo por los huertos. Los árboles muja estaban en flor, y cada ligera brisa hacía caer una aureola de pétalos rosas que iban a parar a la hierba que cubría el suelo bajo los árboles.

La Reina había hablado de su legado. Moribunda, ella reflexionaba sobre lo que quería dejar para cuando no estuviese. Su primer pensamiento se había dirigido a su hijo. Incluso podía sentir un vínculo con una hijastra que nunca había conocido.

Los galacianos eran gentes que tenían unos vínculos familiares muy fuertes. Los trabajos y la tierra pasaban a menudo de padres a hijos. Los matrimonios eran elegidos con mucho cuidado para fortalecer a las familias.

Qui-Gon había renunciado a tener una familia e hijos a cambio de llevar la vida de un Jedi. Lo había elegido libremente. Ningún Jedi estaba obligado a hacerlo. Podía dejarlo cuando quisiera. Pero sabía que no lo haría.

Qui-Gon se agachó para recoger unos pétalos del jardín. Los dejó deslizarse a través de sus dedos, para que el viento se los llevara. Esta iba a ser su vida, pensó. Deambularía por la galaxia. Arriesgaría su vida para ayudar a extraños. Pero, ¿qué dejaría detrás?

Los pasos sin rumbo de Qui-Gon le condujeron hacia los jardines de la cocina. Señales de siembra le rodeaban: palas y rastrillos, filas de semillas cuidadosamente plantadas que se abrían camino en medio del polvo. Miró al suelo, casi sorprendido de encontrar sus huellas allí. El viento y la lluvia pronto las harían desaparecer.

Elan había elegido vivir apartada de la sociedad. Seguía una serie de leyes que no pertenecían al gobierno ni a su mundo, sino a sus compañeros de viaje.

Se dio cuenta de que se parecía a él. Nunca la había visto, pero la conocía.

— ¿Qui-Gon?

Se volvió al oír la voz de Obi-Wan.

El chico miraba dudando, con miedo de molestar.

—Desapareciste —dijo Obi-Wan—. No sabía dónde encontrarte.

Qui-Gon no podía compartir con él sus pensamientos. Obi-Wan era joven, estaba empezando su vida de Jedi. No entendería su teoría sobre legados, o

sobre lo que se deja cuando uno ya no está. Todavía no.

— ¿Por qué accediste al trato que nos impide salir del palacio sin escolta? —la pregunta parecía haberse escapado de los labios de Obi-Wan.

Obviamente, el chico creía que Qui-Gon debería haber rechazado la propuesta de Giba.

—Es mejor para nosotros que piensen ahora que pueden controlarnos —contestó Qui-Gon.

— ¿Crees que la Reina dice la verdad? —Obi-Wan preguntó—. ¿De verdad que no quiere que su hijo gane las elecciones? ¿Qué quiere de Elan?

—Puede que sea como ella dice —replicó tranquilamente Qui-Gon—. O puede ser que quiera utilizarnos para atraer a Elan aquí para matarla. Cualquier miembro del Consejo que viviera cuando el Rey era joven sabe que Beju no es el heredero legítimo. Yo averiguaría lo que sabe Giba, por ejemplo. Es por esto por lo que nos tiene tanto miedo. Siempre existe el peligro de que el secreto se haga público. Por supuesto, si la Reina miente sobre sus intenciones, podría estar compinchada con Giba y haber fingido su desacuerdo delante de nosotros. Si pueden deshacerse de Elan, la reina Veda puede suspender las elecciones y proclamar Rey a Beju. —Qui-Gon hizo una pausa—. O podría estar mintiendo acerca de sus intenciones sobre Elan por alguna otra razón que todavía no conocemos.

— ¿Y entonces qué crees tú que es lo que pasa? —preguntó Obi-Wan, tratando de que la confusión y la impaciencia no se notaran en su voz.

—Creo que hay más secretos —respondió Qui-Gon con actitud pensativa—. Todavía debemos seguir actuando como si la Reina nos hubiese dicho la verdad. Voy a ir al país de las montañas a encontrar a Elan.

— ¡Pero nuestra misión es vigilar las elecciones! —protestó Obi-Wan—. Y eso no lo podrás hacer desde las montañas.

Qui-Gon levantó un lado de sus labios y esbozó una media sonrisa.

—A veces eres demasiado estricto en el seguimiento de las reglas, Obi-Wan. Las cosas cambian. Una misión a veces no está tan clara. Puede ser que el camino directo no sea la única manera de llegar a la solución.

—Pero la seguridad de Gala está en nuestras manos —discutió Obi-Wan—. Se nos envió como guardianes de la paz, no para buscar hijas perdidas hace tiempo.

—Acepto que estés en desacuerdo conmigo, Obi-Wan —dijo Qui-Gon—. Estás en tu derecho. Pero voy a ir.

—No se nos permite dejar la ciudad, o incluso el palacio, sin escolta —le recordó Obi-Wan—. ¡Y tú fuiste el primero en estar de acuerdo con esto! Giba y el príncipe Beju se enfadarán. ¿Por qué no dejamos que un mensajero de la Reina entre en contacto con Elan?

—Ella no escuchará un mensaje —Qui-Gon respondió—. Hay que convencerla. Si no ve la verdad en mis ojos no vendrá.

— ¡Hablas como si la conocieses! —exclamó Obi-Wan.

—La conozco —respondió Qui-Gon tranquilamente.

Se acercó a Obi-Wan y puso su mano con suavidad sobre el hombro del chico durante un momento.

—No te preocupes, padawan. Tú puedes llevar solo la misión hasta que yo vuelva. Permanece alerta a las intrigas de palacio. —Qui-Gon echó una mirada hacia el edificio—. No te fíes de nadie. Hay interferencias en la Fuerza. Y no sé exactamente de dónde vienen.

Obi-Wan le miró decepcionado.

— ¿Y qué les voy a decir cuando me pregunten dónde estás?

En vez de responderle, Qui-Gon enfiló hacia los jardines a medio plantar y se marchó hacia los árboles. Según caminaba, estiró una mano y cogió una fruta madura de una rama que había encima de su cabeza. Sin volverse, la tiró por encima de su hombro. No tuvo que girarse, porque sabía que su padawan la recogería.

—Es muy simple —le dijo—. Diles que todavía estoy aquí.

Capítulo 5

El respeto es la piedra angular donde se sostiene la relación Maestro y padawan", decía Obi-Wan entre dientes. La voz retumbaba en las paredes de la habitación, y sonaba extraña en sus oídos. Todavía necesitaba ese recordatorio. Cada día, solo en el palacio, cuestionaba la decisión de Qui-Gon.

El sol de la mañana hacía arder la madera de la enorme cama en la que dormía. Un tapiz colgaba en la pared de enfrente, hecho con finos hilos metálicos dorados, plateados y verdes. Ropa de cama tejida con materiales preciosos, que tenían el color de las joyas, le protegían del frío de la noche. Era la mejor habitación en la que había dormido nunca. Pero los dos últimos días pasados en palacio no habían sido un regalo.

Qui-Gon le había encargado una tarea imposible de realizar. Cada mañana, antes de que amaneciese, Obi-Wan pasaba a través de la puerta que le conectaba con los aposentos de Qui-Gon y desarreglaba las sábanas de su cama. Se echaba sobre su almohada para dejar la huella de su cabeza. Cada mañana, Jono Dunn llamaba a su puerta trayendo té y fruta. Obi-Wan le había contado a Dunn que Qui-Gon se levantaba temprano para ir a meditar al jardín. Esperaba que Jono se fuera, y luego se tomaba su desayuno y el de Qui-Gon. Esto no le costaba mucho esfuerzo, porque Obi-Wan siempre tenía hambre.

Para el príncipe Beju y para Giba, también tenía Obi-Wan que inventar constantemente excusas para justificar la ausencia de Qui-Gon: el Jedi estaba descansando o meditando, o paseando por los jardines, y volvería en un momento si querían esperarle..., pero nunca lo hacían; hoy comerá en su habitación...; ya se ha retirado a descansar...

Puede que sospecharan. Obi-Wan no sabría decirlo. Tenía el presentimiento de que ellos se daban cuenta de que Qui-Gon no se preocupaba mucho de las elecciones. Incluso, Obi-Wan le comentó a Jono Dunn que su Maestro le había dejado gran parte de la responsabilidad a él.

Obi-Wan oyó un suave golpe en la puerta de su habitación. Un momento después, Jono la abrió.

—Traigo la bandeja para Qui-Gon como todos los días —dijo Jono.

Dejó la bandeja en la pequeña mesa que había al lado de la ventana. Normalmente, hacía una reverencia y se marchaba inmediatamente, pero esta vez permaneció en la estancia.

—No le he visto en los jardines —comentó—. Uno de mis trabajos es recolectar flores para la Reina por la mañana y por la noche. Y nunca me he encontrado con el Jedi en los parques.

Obi-Wan estiró la mano y cogió una pieza de fruta.

—Los jardines son muy grandes. Lo más seguro es que te haya evitado. No le gusta que le interrumpan durante su meditación.

Jono permaneció de pie tranquilamente. Era un muchacho guapo, de pelo rubio

y con la brillante piel de los galacianos. Aunque había acompañado a Obi-Wan en bastantes ocasiones para inspeccionar los principales escenarios electorales de Galu, casi no habían hablado.

—Crees que soy un espía —le espetó de repente—. Y que trabajo para el Príncipe.

— ¿Y no lo eres? —preguntó Obi-Wan con calma.

—No tengo que darle cuentas al Príncipe —le contestó con desprecio Jono—. Sirvo a la Reina. Los Dunn hemos servido a los monarcas de Gala desde que se implantó la dinastía Tallah.

—Así que perteneces a una familia de sirvientes reales, ¿no? —preguntó Obi-Wan con curiosidad.

Acercó un plato de comida hacia Jono.

El guardián lo ignoró. Levantó su barbilla orgulloso.

—Los Dunn tienen grandes extensiones de tierra lejos de Galu. A mí me eligieron a los cinco años para que viniera a palacio. Es un gran honor. Todos los niños de la familia Dunn son enseñados desde que son muy pequeños. Sólo los más listos y preparados son elegidos.

Obi-Wan le acercó una pieza de fruta.

—Yo también fui elegido cuando era muy pequeño —comentó—. Dejé a mi familia y me fui al Templo Jedi. Fue un gran honor. Pero echaba mucho de menos a mi familia, aunque no me acordaba de muchas cosas de ellos.

Jono alargó una mano dubitativa y cogió la fruta que le ofrecía Obi-Wan.

—El comienzo fue lo más duro —dijo, llevándose la fruta a la boca.

—El Templo Jedi es agradable y bonito. Es mi hogar, aunque no es un *hogar* como el que tiene el resto de la gente.

— ¡Eso es exactamente lo que yo también siento! —coincidió Jono, sentándose en el borde de la cama cerca de Obi-Wan—. El palacio era demasiado grande al principio. Y echaba de menos el olor del mar. Pero ahora me siento como en casa. Sé cuál es mi obligación y me siento orgulloso de cumplirla. Es un gran honor servir a mi Reina. —Se encontró con la mirada penetrante de Obi-Wan—. Pero no soy un espía.

A partir de ese momento, Obi-Wan y Jono se hicieron amigos. Jono continuó acompañándole en sus salidas a Galu, pero en vez de ir un paso por detrás de él en silencio, Jono caminaba al lado de Obi-Wan, contándole historias de la ciudad y de Deca Brun, su héroe.

—La Reina ha acertado al convocar elecciones —Jono le dijo—. Deca Brun hará que Gala prospere otra vez. Quiere gobernar para todo el mundo, no sólo para los ricos.

Jono nunca le volvió a preguntar por Qui-Gon. Obi-Wan sabía que Jono sospechaba que su Maestro había dejado el palacio. Apreciaba el silencio de su guía. No quería volver a mentirle, aunque su amigo no hacía preguntas.

Jono le hablaba a menudo de su familia. Incluso aun cuando apenas los veía, conservaba un fuerte vínculo con ellos. Obi-Wan llegó a envidiar ese sentimiento familiar tan fuerte en su amigo. Él había perdido los vínculos familiares cuando escogió el destino de ser un Jedi. Debía lealtad al Código Jedi. ¿Había elegido la opción correcta? De repente, le parecía que ese Código era mucho más abstracto que los lazos sanguíneos.

Herencia. Legado. Le hubiera gustado hablar de lo que estaba sintiendo con Qui-Gon. Pero su Maestro no le hubiese entendido, porque estaba fuertemente unido al Código Jedi. No miraría hacia atrás y reflexionaría sobre lo que echaba de menos.

Y, además, le había abandonado para ir a buscar a un fantasma.

Las noches eran largas en Gala. El sol se ocultaba pronto y tres lunas se alzaban poco a poco en el cielo. A Obi-Wan le gustaba caminar por los jardines a esa hora, cuando la pálida luz de las lunas hacía que la fruta de los árboles adquiriera un color plateado.

Una noche se sorprendió al encontrar a la reina Veda sentada en el césped, con la espalda apoyada en el grueso y firme tronco de un árbol muja. No llevaba su tocado, y su dorado pelo suelto le llegaba hasta la cintura. Parecía una chica joven hasta que Obi-Wan se acercó lo suficiente para advertir el desgaste de la enfermedad en su cara.

—Siéntate, joven Obi-Wan —le dijo señalando un sitio a su lado—. A mí también me gusta ver los jardines a esta hora.

Obi-Wan se sentó cerca de ella, con las piernas cruzadas y el cuerpo estirado en una postura típica entre los Jedi. No había visto a la Reina desde su primer encuentro cuando llegaron. Parecía alarmantemente más enferma.

—Me gusta el olor de la hierba —murmuró la Reina pasando sus manos sobre ella—. Antes de ponerme enferma, solía mirarla desde mi ventana. Todo lo veía desde la ventana. Ahora creo que prefiero tocar y oler y sentirme parte de las cosas. —Puso un poco de hierba en la palma de la mano de Obi-Wan y cerró sus dedos sobre ella—. Agárrate a la vida, Obi-Wan. Es lo único que te aconsejo.

Obi-Wan observó las marcas de lágrimas que había en la cara de la Reina. Le hubiese gustado que Qui-Gon estuviera allí. El carácter calmado del Maestro suavizaba los más fieros corazones. ¿Qué hubiese dicho Qui-Gon en esta situación?

Habría empezado diciendo algo diplomático pero cordial. Hubiera dejado hablar a la Reina, sabiendo que necesitaba desahogarse.

—No se encuentra bien —dijo con cuidado.

—No, me siento peor —contestó la Reina dejando descansar su cabeza en el tronco—. Tengo muchos dolores por las noches. No puedo dormir. A mitad del día me siento algo mejor, pero por la noche el dolor comienza otra vez. Por eso salgo ahora, antes de que el dolor sea más fuerte. Quiero recordar los días en los que me sentía bien. Los días en el campo... —la Reina suspiró.

— ¿En el campo? —Obi-Wan preguntó sorprendido.

—Los Tallah tienen un territorio en el campo al oeste de la ciudad —contó la Reina—. Justo antes de que cayera enferma fui allí para recuperarme. Puede que fuera el aire puro. O puede —dijo mostrando arrepentimiento— que fuese que allí descansaba. El Consejo de Ministros no me llamaba para mis reuniones y no tenía a los sirvientes zumbando a mi alrededor. Sólo estábamos mi cuidador y yo. Pero parecía que el gobierno no podía funcionar sin mí y vinieron a verme. Durante esos días, me sentí más enferma que nunca. Fue lo peor de todo —comentó tristemente—. Sentir que mejoraba para luego volver a recaer.

— ¿Y por qué no vuelve allí? —preguntó Obi-Wan.

—Las elecciones consumen mi tiempo y son ahora mi prioridad —dijo la Reina—. Ahora estoy muy débil para viajar. Es lo que me dicen mis médicos, y son los mejores de Galu. Todos los días son iguales para mí, con la esperanza de recuperarme, pero luego esa esperanza desaparece. Ahora se ha ido definitivamente. Sólo me queda llegar al final.

Obi-Wan la miró. Las lunas habían subido a lo alto y hacían que la cara de la Reina luciera de un color plateado. Pudo volver a ver que en su momento la monarca había sido guapa.

—No estés triste —dijo la Reina a Obi-Wan—. Ya lo he aceptado. ¿Me ayudas a levantarme? Es la hora de mi té.

Obi-Wan se levantó y la cogió de la mano. La presión de sus dedos era débil. Colocó otra mano debajo de su codo y la ayudó a levantarse.

—Buenas noches, reina Veda —le dijo cuando se iba, con su vestido rozando la hierba—. Lo siento —añadió en voz baja, sabiendo que ella ya no le oía.

Las palabras de la Reina le habían conmovido. No sabía si ella mentía acerca de los derechos de Elan por la corona. Pero sabía que había hablado honestamente de su enfermedad y de sus miedos. Podía imaginar lo terrible que es sentir cómo se acaba la vida lentamente. Sufrir, luego recuperarse, y más tarde volver a sentir que la esperanza de vivir se esfuma cada vez que las lunas se alzan en el cielo cada noche...

Cada noche. Obi-Wan se estiró. La Fuerza le estaba diciendo que se concentrara. ¿No tenía la enfermedad de la Reina un ritmo extraño? ¿No decía que se encontraba mejor en el campo?

Hasta que llegaron los miembros del Consejo...

Este pensamiento conmovió a Obi-Wan.

¿Habría sido envenenada la Reina?

Capítulo 6

Obi-Wan no dudó. Si sus sospechas eran ciertas, no había tiempo que perder. Rápidamente corrió a través de los jardines. Espió a un anciano vestido con las ropas plateadas de los miembros del Consejo que daba vueltas entre los árboles, posando ocasionalmente su mano en la corteza a modo de apoyo. Sus lechosos ojos azules estaban vueltos hacia la luna. Obi-Wan retrocedió antes de ser visto. No quería llamar la atención de nadie.

Corrió sin hacer ruido a través de los pasillos de palacio hasta la estancia de la Reina. Llamó suavemente a la puerta.

—Soy Obi-Wan —anunció.

Jono abrió la puerta.

—La Reina está tomando su refrigerio nocturno —dijo.

— ¿Quién lo trae? —preguntó Obi-Wan.

Cuando vio la cara extrañada de Jono añadió rápidamente:

—Me estaba preguntando si podría pedir un té y algo de comer esta noche.

—Los sirvientes de la cocina lo preparan —contestó Jono—. Les diré que te hagan uno. —Sonrió abiertamente—. Me encargaré de conseguirte los mejores dulces que haya en la cocina.

— ¿Podría ver a la Reina? —preguntó Obi-Wan—. Sólo necesito decirle un par de palabras.

Jono asintió y se retiró a una habitación interior. Después de un momento, la puerta se abrió y condujo a Obi-Wan al interior.

La Reina estaba reclinada sobre un diván, con una bandeja que tenía una taza de té, un plato con frutas y dulces, situada cerca de una mesa. Un pequeño jarrón con flores estaba situado cerca de ella.

—Quería asegurarme de que estaba bien—dijo Obi-Wan acercándose—. Parecía cansada en el huerto.

—Qué amable —la Reina le dedicó una sonrisa triste—. Estoy un poco más cansada de lo habitual, me temo. Pero no te preocupes por mí, Obi-Wan Kenobi. Tienes cosas más importantes de qué ocuparte.

—Creo que no —afirmó gentilmente—. Su bienestar es muy importante para mí, reina Veda.

Alargó la mano hacia abajo y cogió la taza de té. Quedaba muy poco.

—Su té está frío. ¿Quiere que le traiga otro?

La Reina cerró los ojos con dulzura.

—No quiero más —dijo suavemente—. Puedes decirle a Jono que lo retire.

—Descanse ahora —dijo gentilmente Obi-Wan.

Cogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta. Cuando la traspasó, la habitación exterior estaba vacía. Bien. No quería involucrar a Jono en sus planes.

Rápidamente, se llevó la bandeja a su habitación. Allí echó el té en un tubo de su maletín médico medpac. Después colocó el tubo y el resto de los dulces en una bolsa y se lo guardó en un bolsillo de su túnica. Luego llevó la bandeja de vuelta a las cocinas.

Mañana tendría que analizar la comida. Y lo haría sin contar con Jono.

—Estoy preocupado por mi Reina —le comentó Jono cuando caminaban al día siguiente por las calles de Galu—. La veo más débil cada día que pasa. Los médicos no pueden hacer nada por ella. Nada.

—Estás cerca de ella —observó Obi-Wan.

Había notado el afecto con el que la Reina trataba a Jono. Había más calor que el que demostraba Qui-Gon con Obi-Wan. Pero en ese momento, Jono llevaba sirviéndola ya ocho años.

Jono se mordió los labios. Asintió.

—Es muy duro. El príncipe Beju no viene a verla. Está enfadado con ella. Y dice que le duele verla tan enferma. Necesita concentrarse en las elecciones. ¿Cómo puede ser tan cruel? ¡Sólo se preocupa de sí mismo!

Pararon en el exterior de una zona de votación que había sido habilitada dentro de un espacio comunitario. Obi-Wan había visitado varias áreas como ésta en Galu, hablando con los encargados de llevar a los votantes a las terminales de datos privadas donde podían depositar sus votos. Había comprobado que los aparatos funcionasen correctamente. Pero sentía que su esfuerzo era inútil. Él no era un experto en procesos electorales.

Tras su primera salida, había contactado con Qui-Gon para decirle cuan inútil se sentía. Qui-Gon no le había compadecido.

—Tu presencia es suficiente —le dijo brevemente—. Tienen que pensar que el proceso electoral está siendo vigilado por una fuerza exterior. Eso dará a la gente confianza en el sistema.

Obi-Wan se volvió hacia Jono.

—Jono, ¿te importaría esperar fuera? Creo que sería mejor. Después de todo, la gente sabe que eres un representante de palacio. Tengo que parecer neutral o ellos no se fiarán en el proceso de votación.

—Es verdad —dijo Jono dubitativo—. Pero se supone que yo tengo que estar todo el tiempo a tu lado... —Su voz era cada vez más baja, pero sonrió—. Por supuesto que tienes razón, Obi-Wan. No quiero poner en peligro las elecciones. Te esperaré allí, en la plaza.

Obi-Wan se lo agradeció y entró en el centro comunitario. Se sentía culpable por haber mentido a Jono. Pero no podía involucrarle en lo que iba a hacer a

continuación. Si la Reina estaba siendo envenenada, nadie en palacio debería enterarse de que lo sabía. Tenía que desenmascarar al envenenador. Si necesitaba la ayuda de Jono después, ya se la pediría. Primero necesitaba consultar con Qui-Gon.

Obi-Wan se encaminó por el centro comunitario y salió por una puerta lateral. Rápidamente bajó por una callejuela hasta una calle lateral. Después dobló en dirección contraria.

De camino al centro, Obi-Wan se había fijado en unas cabinas de información. Estaban repartidas por Galu, y los ciudadanos las utilizaban para buscar datos o servicios disponibles en la capital. Sólo estaba a unas pocas manzanas del centro.

La reluciente luz verde situada encima de la cabina brillaba para indicar que estaba libre. Rápidamente Obi-Wan se introdujo en el interior. Tecleó "analizador de sustancias" en el tablero. En unos segundos la pantalla mostró varios nombres. Obi-Wan accedió a un mapa de la ciudad en el que se marcaba dónde podía encontrar cada analizador. Uno de estos nombres, Mali Errat, estaba cerca de donde él estaba situado. Tocó la pantalla y un camino verde luminoso le marcó el camino.

Obi-Wan corrió por las calles abarrotadas. Jono empezaría pronto a preguntarse por qué tardaba tanto. El chico conocía bien las calles de Galu y podría encontrarle.

No obtuvo respuesta a su llamada en la puerta, y no había ningún signo en el exterior. Obi-Wan empujó la puerta con cuidado y se encontró en una pequeña y desordenada habitación. Una larga y resistente mesa de acero cruzaba la estancia, yendo de una pared a otra. La mesa estaba llena de materiales: tubos, probetas, circuitos, chips, instrumentos de medida y ficheros. Cajas de metal llenaban el suelo, algunas apiladas en precario equilibrio, otras casi tan altas que llegaban al techo. Papeles llenos de datos cubrían también el suelo.

¿Eso era un laboratorio o una zona de almacenamiento de los trastos de un lunático?

— ¿Hola? —preguntó Obi-Wan.

— ¿Quién es?

Una cabeza surgió detrás de un montón de cajas. Era un viejo galaciano. Hebras de pelo platino cubrían su *cabeza calva* y *sus ojos gris claro bizqueaban*.

— ¿Qué quieres?, vamos —dijo con impaciencia y haciendo chasquear sus dedos—. Cuéntame qué quieres.

Obi-Wan se acercó y ojeó alrededor de las cajas. El hombre estaba sentado en el suelo. Rollos de papel impresos con datos estaban esparcidos alrededor de él y colgaban de sus rodillas.

—Estoy buscando a Mali Errat...

— ¡Habla alto, chico, no susurres!

—Mali Errat —repitió Obi-Wan, esta vez en voz más alta.

— ¡No grites! Yo soy Mali. Pareces sorprendido de encontrarme en mi laboratorio, chico. Bueno, ¿qué quieres?

—Tengo algo que necesito analizar —comenzó a decir Obi-Wan.

Mali le interrumpió de nuevo.

—Es sorprendente. Estás en un laboratorio que se dedica a analizar sustancias. Por supuesto que sé que quieres que analice algo. Obviamente soy más listo de lo que parezco.

El anciano se rió entre dientes.

Obi-Wan miró el desorden reinante en el laboratorio, con los rollos de papel tirados por el suelo como serpientes.

—Quizá esté muy ocupado...

—Es cierto —Mali dijo repentinamente—. Así que no malgastes mi tiempo. Muéstrame lo que traes.

No tenía elección. No había tiempo para buscar un científico más convencional. O uno más educado. Obi-Wan sacó la bolsa de su túnica. Se la dio a Mali.

El viejo sacó la probeta con el té y los pequeños dulces redondos.

— ¿Quieres que analice tu comida?

Obi-Wan estiró la mano.

—Puedo ir a otro sitio.

—Joven susceptible... —murmuró Mali—. ¿Cuándo necesitas los resultados?

—Ahora mismo —dijo Obi-Wan.

—Te costará caro —le advirtió Mali.

—Tengo dinero —dijo Obi-Wan mostrándoselo.

Mali tomó algunos créditos de su mano.

—Esto bastará. Vale.

Se puso de pie. Era un hombre pequeño pero ágil, y Obi-Wan se dio cuenta cuando Mali se dobló por encima de una pila de cajas y acercó un taburete a la mesa de acero.

Silbando entre dientes, Mali tomó primero algunas migas de los pasteles y las introdujo en un escáner de rayos.

—Pastel —dijo pasado un momento, leyendo los resultados—. Endulzador, muja, carne, levadura...

— ¿Nada más? —preguntó Obi-Wan.

Mali sorbió los residuos que habían quedado en sus dedos.

—Delicioso.

Metió el resto en su boca.

Obi-Wan suspiró.

—Pruebe con el líquido.

Mali vertió una gota del frasco dentro del escáner.

Segundos más tarde, el aparato se iluminó y expulsó un papel con gráficos llenos de números y símbolos.

—Ah —murmuró Mali—. Fascinante.

— ¿Qué hay? —preguntó Obi-Wan echándose hacia delante.

—Té—dijo Mali.

— ¿Y? —interrumpió Obi-Wan.

—Agua —contestó Mali.

— ¿Y? —volvió a preguntar Obi-Wan.

Mali le miró de reojo.

—Joven impaciente. Deberías decirme qué es lo que estoy buscando. Hay algunos componentes de hierbas aquí, algunos ácidos y algunos colorantes. Pero nada fuera de lo normal. A menos que me digas qué es lo que sospechas que puede haber.

—Veneno —dijo Obi-Wan de mala gana.

—Bien, ¡eso era! Es mejor decirlo al principio. De otra manera perdemos el tiempo. No hay veneno en el pastel. Qué bien, ¿no? ¡Me lo he comido!

Tarareando una canción, Mali miró al gráfico otra vez. Presionó unos cuantos botones del analizador. Apareció otro gráfico, y después una tira de números y símbolos.

— ¿Y bien? —preguntó Obi-Wan.

—Interesante —comentó Mali—. Hay una sustancia que no puede identificarse.

— ¿Eso es habitual? —preguntó Obi-Wan.

Se encogió de hombros.

—Sí y no. Es cuestión de buscar otros campos de información, localizando componentes químicos que tengan la misma estructura. Pero eso requiere tiempo.

—No tengo tiempo —dijo Obi-Wan con tristeza.

Mali miró el frasco. Dejó escapar un silbido entre sus dientes.

—Ah, ya veo. Tengo que buscar, joven impaciente. Pero por otro crédito, la búsqueda será más rápida.

Obi-Wan le dio el dinero. Se fue hacia la puerta y después se volvió.

— ¿Podría decirme solamente si eso *podría* ser veneno? —preguntó—, como una de sus hipótesis acertadas.

—Es posible —admitió Mali—. Lo que sí puedo decirte, joven, es que, sea lo

que sea, no pertenece al té.

Antes de encontrarse con Jono, Obi-Wan encontró un callejón apartado en el que comunicarse con Qui-Gon. No quería arriesgarse a hacerlo en público. Y se sentía mejor fuera de las paredes del palacio.

Esperó durante unos minutos. Pero Qui-Gon no respondió. Estaba fuera de contacto.

Obi-Wan estaba solo.

Volvió al centro comunitario. Jono estaba sentado encima de la pared que rodeaba la plaza. Tenía los ojos cerrados y con la cara vuelta hacia el sol, que brillaba tan pocos momentos durante el día galaciano que los ciudadanos aprovechaban cualquier rayo para tomarlo.

—Siento haber tardado tanto —le dijo Obi-Wan a Jono—. Me he encontrado con algunas dificultades. Nada serio.

Jono saltó de su asiento.

—Sabía que regresarías. No pasa nada. Estoy acostumbrado a esperar. Llevo esperando mucho tiempo para tener un amigo, Obi-Wan.

Capítulo 7

La Reina no había exagerado las dificultades que tenía el viaje para encontrar a la gente de las montañas. Al comienzo, las carreteras estaban bien delimitadas. Qui-Gon había encontrado al conductor de un deslizador que le había llevado en su vehículo a las afueras de la ciudad. Un amable granjero le había llevado bastante trecho en un turbocarro y un adolescente en su motojet. Pero según el camino se hacía peor y el paisaje más desolado, ya no quedaban vehículos que pudieran transportarle. Las montañas se alzaron ante él el tercer día. Eran altas y escarpadas, atravesadas por densos bosques. Ocasionalmente llegaba a un claro donde podía ver una misteriosa vista de un grupo de enormes rocas. La dura belleza del paisaje aumentaba según subía más alto. Los días eran cortos y terminaban con puestas de sol que hacían que el cielo se cubriera de multitud de colores. Después, las tres lunas aparecían, cubriendo de un manto plateado las rocas y los retorcidos árboles.

Su comunicador no tardó en fallar. Qui-Gon confió en que Obi-Wan no se metiera en problemas en el palacio. Estaba deseoso de encontrar a Elan y volver a Galu.

Alcanzó la cima de la primera cadena de montañas. La nieve cubría el punto más alto. La única manera de continuar era a través de unos estrechos desfiladeros. Qui-Gon se sintió en peligro y vulnerable según enfilaba los estrechos barrancos.

Mientras andaba, el cielo se estaba oscureciendo. La temperatura había descendido, así que sacó su capa termal de su pack de supervivencia. Podía oler la nieve en el aire. Una tormenta rondaba su cabeza. Tenía que buscar cobijo pronto.

Puede que fuera porque sus ojos se movían constantemente en busca de un refugio. O porque el extraño silencio le presionaba, con el cielo oscuro sobre su cabeza como una cortina a punto de caerle encima. Si no hubiese tenido todos sus sentidos alerta no habría podido percibir el ligero movimiento que se produjo a su izquierda. Podría haber sido solamente una sombra en una roca o el chasquido de una hoja. Pero sus ojos habían captado un movimiento y le prepararon justo unos segundos antes de que le atacaran.

Los bandidos llegaron zumbando en sus deslizadores que venían armados con cañones de iones tanto en la parte delantera como trasera. Qui-Gon dejó su equipaje de supervivencia en el suelo.

Activó su sable láser justo a tiempo de encontrarse con el primer deslizador. Lo esquivó en el último momento mandando al conductor a los árboles. Giró hacia la izquierda para atacar al ocupante del segundo vehículo. El golpe le acertó, y el deslizador viró hacia la izquierda, y el conductor casi se estrella en un terraplén. En el último momento pudo girar hacia la derecha y enderezar el vehículo para volver a atacar desde ese lado.

Qui-Gon buscó una estrategia. Podía utilizar la ventaja de estar en un sitio tan estrecho que tenían que ir a por él de uno en uno. Mientras los deslizadores

maniobraban para volver a atacarle, encontró un campo de piedras cerca de un grupo de inmensas rocas. Tenía las rocas a la izquierda y el terraplén detrás. Los bandidos sólo podían llegar por la derecha.

Había diez deslizadores... no, doce, y dos más bajaron zumbando desde el cielo. Uno fue derecho hacia él disparando. Trozos de piedra saltaban a su alrededor mientras él se agachaba, retorció y volvía a ponerse de pie cuando el atacante pasó por encima de su cabeza. Aprovechó ese momento para atacar al conductor por detrás. Cayó fuera del aparato, que voló unos instantes sin control y después se estrelló. El conductor yacía en el suelo sin poder levantarse.

El segundo deslizador se encontraba abajo, y otro más venía por la derecha disparando. Su conductor parecía más diestro que los otros. Zigzagueaba de un lado a otro, casi alcanzando a Qui-Gon con los disparos de su cañón que caían a escasos centímetros, mientras el Jedi se cubría pasando de roca en roca. Qui-Gon intentó conectar con la Fuerza. La necesitaba.

La sintió vibrando a su alrededor, cada vez más fuerte. Se introdujo en ella.

Se movió rápidamente sorprendiendo al conductor. Se tiró al suelo mientras el piloto seguía disparando por encima de su cuerpo, con los cañones apuntando ahora al desfiladero. Fue contando el tiempo que tardaba el piloto en dar la vuelta y dirigirse a él de nuevo. Qui-Gon salió de detrás de las rocas y permaneció de pie con el sable láser en la mano. Esta vez fue contra el panel de control del vehículo. Dio un fuerte golpe y sintió cómo rebotaba todo su brazo hasta el hombro.

El dolor se apoderó de su extremidad. El golpe le había hecho mella, pero había destrozado el deslizador. El motor empezó a echar humo y el vehículo comenzó a vibrar sin control. Chocó con otro que bajaba hacia Qui-Gon. Los dos cayeron por el terraplén abajo.

Luego Qui-Gon vio el que venía hacia él desde la izquierda. El conductor era o un inconsciente o muy hábil, y hacía todo lo posible por ser visto. Llegaba a gran velocidad, derecho a las rocas. El espacio entre ellos era mínimo, casi lo justo para que cupiera un deslizador. Venían separados a intervalos irregulares de manera que casi no podían maniobrar bien entre ellos.

Casi es la *palabra clave*, se dio cuenta demasiado tarde Qui-Gon.

El desafiante conductor giró a la izquierda, volcando a un lado el deslizador. Pasó zumbando a través de la pequeña apertura. Se dio la vuelta, flotó en el aire y luego hizo un rápido viraje hacia la derecha. Enfiló la siguiente abertura. Ahora tenía un segundo precioso para hacer un disparo certero sobre Qui-Gon.

La Fuerza ayudó a Qui-Gon a moverse, mandándole de un salto a la cima del campo de piedras que había utilizado al principio como refugio. Otro deslizador estaba torciendo para ir hacia él. El conductor se sorprendió de su rápido movimiento e hizo un viraje brusco para evitar a Qui-Gon, incluso sin dejar que sus cañones dispararan. Al mismo tiempo, el vehículo que estaba a medio camino de las rocas comenzó también a disparar. Las ráfagas se unieron en el aire, creando una carga explosiva que alcanzó las piedras. El impacto convirtió las rocas en una bomba que se deshizo en multitud de pequeños trozos de metralla que parecían

volar hacia Qui-Gon a cámara lenta.

Qui-Gon recibió el golpe en el pecho. Un golpe muy fuerte. El impacto le tiró al suelo hacia atrás y el sable láser salió despedido de su muñeca varios metros, tumbándole boca arriba herido. Podía oír cómo rugían dos motores de los deslizadores mientras que los conductores maniobraban para volver a atacar.

Su cabeza se enturbió tras la caída. Buscó su sable láser. Sabía una cosa: estaba atrapado en medio de los líneas de fuego, sin posibilidad de cubrirse. Llamó a la Fuerza y su arma volvió a su mano.

Un zumbido que crecía en intensidad proveniente de un motor llegó hasta sus oídos. Mientras su sable láser llegaba a su mano, Qui-Gon vio a otro deslizador que se introducía entre los estrechos espacios de las rocas. Lo reconoció. Era una motojet muy rápida con un motor muy potente. Los mandos se situaban en el manillar y en el asiento. Sólo los más osados conductores eran capaces de pilotarla. Un movimiento ligero podía hacerles perder el control del vehículo.

Había pensado que el primer conductor era arriesgado. Pero el que llevaba el barredor rozaba la imprudencia. Pero Qui-Gon vio que había seguridad en la manera en que se movía el vehículo, tan rápido que casi se hacía borroso, derrapando a izquierda y derecha, levantándose en el aire y dando la vuelta, subiendo y bajando para maniobrar entre los deslizadores.

Qui-Gon se puso de pie. El dolor le golpeaba, seco y ardiente, y se dio cuenta de que también le habían herido en una pierna. Llamó a la Fuerza para que ayudara a su cuerpo a responder y a su mente a aclararse. Los deslizadores enfilaban hacia él otra vez. Saltó para evitar el fuego de un cañón y dio un salto mortal sobre el vehículo que volaba más bajo, golpeando su panel de control. Oyó cómo el motor explotaba y dejaba de funcionar, estrellándose el vehículo.

Qui-Gon cayó al suelo y evitó el fuego de un piloto que llegó inmediatamente para ayudar a su compañero que estaba en las rocas. Pero éste no era tan habilidoso. Intentó girar dentro del estrecho hueco y falló, golpeándose con la roca y desplazando la nave mientras intentaba enderezar su rumbo.

Qui-Gon pudo ver perfectamente al conductor del barredor. Llevaba puesto un pañuelo negro sobre el pelo anudado alrededor de la cara. Sólo se le veían los ojos. Sus manos enguantadas se agarraban al manillar mientras giraba y maniobraba expertamente entre las rocas, mientras dirigía los movimientos de los vehículos con firmeza. Qui-Gon podría afirmar que el piloto era cuidadoso para que los vehículos tuvieran la suficiente maniobrabilidad y no chocaran contra las rocas.

Qui-Gon se preguntaba qué sucedería con él una vez que el conductor del barredor viera lo que había pasado con los pilotos de los deslizadores. Probablemente sería un bandido también. Qui-Gon tendría otra vez mucho trabajo que hacer.

Los vehículos que quedaban empezaron a sobrevolar otra vez, sin ayudar a su compañero que estaba tendido en medio de las rocas, distraídos por un momento de la presencia de Qui-Gon. El Caballero Jedi se puso de pie, con su sable láser

activado. Estaba listo.

Al final los deslizadores pasaron entre las rocas, con el barredor tan cercano que casi podía tocar los vehículos. De repente, el barredor giró, pasando al lado de un deslizador, dirigiéndose hacia Qui-Gon.

Qui-Gon se sorprendió de la maniobra pero no le pilló desprevenido. Saltó hacia un lado cuando los cañones empezaron a disparar. La herida de la pierna dificultaba sus movimientos. Tropezó ligeramente, luego se volvió para mantener a los deslizadores a la vista.

El conductor del barredor mantuvo una mano en los controles y sacó una ballesta láser con la otra. Sin esfuerzo, y sin variar su rumbo, apuntó al deslizador y disparó al conductor. El láser le acertó en la muñeca. Obi-Wan vio que su boca se abría y que después lanzó un gruñido.

Distracción era todo lo que necesitaba. Qui-Gon convocó a la Fuerza. Necesitaba un último impulso. Con un movimiento, la Fuerza lo envió por los aires a lo más alto de una de las rocas. Descargó un contundente golpe sobre el sorprendido piloto de la nave que pasaba junto a él en ese momento. El vehículo se estrelló contra el suelo del precipicio.

Qui-Gon bajó de esa posición que era demasiado visible. Oyó el creciente rugir de otros barredores. Miró hacia arriba y los vio como insectos negros sobre el cielo gris dirigiéndose hacia él. Eran por lo menos veinte, y más empezaban a aparecer por el lado contrario.

No iba a poder luchar contra tantos enemigos. Qui-Gon vio cómo los vehículos de los bandidos se alejaban.

Algunos de los barredores los persiguieron. ¿Había aterrizado en medio de una guerra de bandidos?

El barredor voló hacia él. Sus motores de propulsión le mantenían en el aire unos centímetros por encima de la tierra mientras el conductor bajaba de un salto, con su ballesta láser apuntando directamente hacia Qui-Gon.

No tenía sentido luchar. Qui-Gon apagó su sable láser y esperó.

— ¿Quién eres? —su tono de voz era cortante.

Qui-Gon se sorprendió porque la voz del bandido era de una persona joven.

—Qui-Gon Jinn. Soy un Caballero Jedi enviado para encontrar a alguien.

La ballesta láser apuntaba directamente a su corazón.

— ¿A quién? —preguntó el bandido.

Qui-Gon pensó que no podía perjudicarle el que los bandidos supieran su misión. Quizás podría negociar con ellos.

—Al líder de la gente de las montañas —dijo—. A Elan.

Lentamente, el bandido se quitó el pañuelo negro que cubría su cabeza. Una cascada de cabellos plateados cayó sobre sus hombros. Tenía delante de él a una

mujer joven. Sus ojos eran oscuros, del color de un cielo nocturno, inusuales en los galacianos. Su mirada impaciente le observó, fijándose en cada detalle y dejando claro que no estaba impresionada por su presencia.

—Bueno, al final algo te ha salido bien —dijo—. Me has encontrado.

Capítulo 8

Elan depositó el pañuelo de la cabeza y la ballesta láser en el compartimiento posterior de su barredor. Se limpió el polvo de sus manos en los pantalones.

—Esas piedras son sagradas para la gente de la montaña —dijo a Qui-Gon—. Y tú casi las destrozas.

—No era mi intención.

—Tú fuiste el que elegiste el campo de batalla —comentó crispada Elan.

—Necesitaba cubrirme —le replicó Qui-Gon.

Copos de nieve empezaron a centellear en el cielo. Elan levantó una ceja.

— ¿Alguna vez has oído hablar de lo que es una roca sagrada? ¿Y un árbol?

Qui-Gon se resistió a la tentación de discutir. Le estaba poniendo a la defensiva deliberadamente. En vez de atacar preguntó:

— ¿Conocías a los atacantes?

Ella se encogió de hombros.

—Bandidos de las afueras de la ciudad. Hacen sus incursiones por aquí ocasionalmente. En Galu se oyen rumores de que la gente de las montañas tiene oro. Los locos avariciosos creen que es verdad. Ojalá nos dejaran en paz. Nosotros no les molestamos a ellos. —Le lanzó una mirada glacial—. ¿Quién te mandó a buscarme y por qué?

—Me envió la reina Veda —dijo Qui-Gon.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Entonces vuelve a Galu. No reconozco su autoridad.

— ¿No quieres saber lo que ella quiere?

Elan se acercó al barredor y echó una pierna por encima del sillín.

—Algo sobre las elecciones, estoy segura. No me importa. —Señaló el camino de vuelta a Qui-Gon—. Tienes que volver por ahí. No permanezcas en las montañas. O lo lamentarás.

No sabía si ella le estaba amenazando o advirtiéndole de los ataques de otros grupos de bandidos. Otro barredor llegó volando hacia ellos y paró sobrevolando en el aire. Un hombre alto de piel azulada lanzó una rápida mirada a Qui-Gon y luego se volvió hacia Elan.

—Se avecina una fuerte tormenta.

—Lo sé Dana —dijo Elan dirigiendo una mirada preocupada hacia el cielo—. Cuando vienen, suelen ser fuertes.

Como para corroborar sus palabras, empezó a caer de repente una nevada. Los copos eran como cristales duros que herían la piel descubierta de Qui-Gon. Se retiró en busca de su equipaje de emergencia que había abandonado cuando

comenzó la lucha. El dolor hacía mella en él y dejó escapar un siseo de queja.

—Está herido—dijo Dana.

Elan frunció el ceño enfadada.

—Supongo que no puedo mandarte de vuelta. Herido, con esta tormenta, no sobrevivirías. Y oscurece en seguida en las montañas.

Qui-Gon esperó. Las heridas le dolían. Pero se curarían. Ahora parecía que tenía suerte de haberlos encontrado. La conciencia de Elan no le permitiría volver solo.

—Una noche —le advirtió—. Eso será todo. Ahora sube al barredor detrás de mí. Y no te caigas. No quiero tener que rescatarte otra vez.

La gente de la montaña no era especialmente amistosa, pero sí amable. Su campamento estaba formado por cúpulas blancas de varios tamaños construidas con un material flexible que permitía cerrarlas. Dentro de su pequeña cúpula, Qui-Gon encontró toda la comodidad necesaria: gruesas alfombras y mantas, un reluciente calentador, una cocina pequeña y un baño, e incluso una terminal de datos para su uso personal.

Dana le dijo que un curandero vendría a ver sus heridas. Qui-Gon hizo todo lo posible por curarse a sí mismo pero no pudo llegar a la herida que se hizo en la espalda cuando se cayó. Se quitó la túnica y esperó a que el curandero llegara. Aunque se oían los fuertes ruidos de la tormenta en el exterior, la construcción era sólida y cálida.

Llamaron a la puerta y él autorizó la entrada.

Elan se agachó para pasar la puerta. Llevaba una bolsa pequeña. Cerró rápidamente detrás de ella para que no entrara el viento y la nieve.

—Bien, ya estás preparado —comentó.

— ¿Tú eres el curandero? —preguntó sorprendido Qui-Gon.

Asintió mientras sacaba los instrumentos y rollos de vendas. Cuando le miró, sus ojos eran desafiantes.

— ¿Sorprendido? No soy el típico curando, ¿no es eso?

—No, no es eso —contestó Qui-Gon—. Nunca he conocido un curandero que pueda pilotar un barredor de esa manera.

Un amago de sonrisa apareció en sus labios.

—De acuerdo, veamos qué tenemos aquí. —Inspeccionó las heridas y se detuvo un poco más en una, después las vendó—. Hiciste un buen trabajo.

—A los Jedi también se nos enseña a ser curanderos —dijo—. No llego a la que tengo en la espalda.

—Date la vuelta.

Qui-Gon sintió el frío cuando ella echó un ungüento sobre la herida. Eso ayudaría a sobrellevar la quemadura.

—Gracias por haberme proporcionado un lugar tan agradable —dijo.

—No vivimos como los animales, por mucho que lo piense así la gente de la ciudad —contestó Elan.

Desenrolló una venda.

—No creía que lo hiciereis —dijo Qui-Gon—. Y es mi experiencia tras haber estado en muchos mundos que la ignorancia trae consigo el miedo. Los temerosos inventan historias acerca de lo que tienen miedo.

—Sí —respondió Elan fríamente—. La gente de la ciudad es ignorante y miedosa. Estoy de acuerdo. Así que, ¿por qué debería vivir entre ellos?

Qui-Gon trató de controlar su exasperación. Hablar con Elan era como tratar de coger al vuelo un copo de nieve. Dijera lo que dijera, se las apañaba para hacer que su verdadero significado desapareciera.

—Así que, ¿es por eso que no quieres participar en las elecciones? —preguntó Obi-Wan—. El apoyo de la gente de las montañas podría marcar la diferencia para determinar quién sería el candidato idóneo.

— ¿Y quién es? —preguntó Elan.

Todavía estaba ocupada con el vendaje de su espalda, por lo que no podía verle la cara. Sólo podía sentir sus fríos y expertos dedos y ocasionalmente el roce de su pelo sobre la piel.

— ¿Deca Brun, quien grita eslogan y hace promesas? ¿Wila Prammi, quien ha sido un esclavo del sistema monárquico y ahora habla de democracia? ¿Ese joven loco, el príncipe Beju? No, gracias, Jedi. No confío en las elecciones, no confío en la Reina y tampoco en los candidatos. Estoy feliz donde estoy.

Apretó el vendaje en su lugar y lo cortó.

—Terminado.

Qui-Gon volvió su cara hacia ella.

—Gracias. ¿No sientes lealtad hacia Gala?

Volvió a poner los instrumentos y los vendajes en Su bolsa con rápidos movimientos.

—Siento lealtad hacia mi propia gente. Puedo confiar en ellos.

— ¿Y qué hay de tu planeta? —preguntó Qui-Gon volviéndose a poner su túnica—. Gala va a experimentar un gran cambio. Un buen cambio. ¿No debería la gente de las montañas participar de él?

Elan cogió sus cosas. Se volvió hacia él haciendo un gesto de impaciencia.

— ¿Por eso te ha enviado la Reina? ¿Para pedirme que apoye a su hijo?

—No —respondió tranquilamente Qui-Gon. Observaba cuidadosamente su cara

—. Me envió para decirte que el príncipe Beju no es el legítimo heredero del rey Cana.

— ¿Y por qué quiere decirme eso? —preguntó Elan—. ¿Y por qué debería importarme a mí?

—Porque tú sí que eres la heredera —dijo Qui-Gon—. Eres hija del rey Cana.

Elan pestañeó. Vio la sorpresa en su cara y cómo trataba de controlarla.

— ¿Qué clase de mentira es ésta? —preguntó dando un paso hacia atrás—. ¿Para qué has venido aquí?

—Verdad o mentira, quizás sólo tú lo puedes descubrir —dijo Qui-Gon—. Sólo digo lo que me han contado y lo que creo que es cierto. La reina Veda descubrió hace poco que el rey Cana tuvo un hijo antes de casarse con ella. Ese hijo eres tú. La Reina dice que quiere que tú sepas los derechos que te corresponden.

—Es un truco —dijo Elan firmemente—. Un truco para llevarme de vuelta a la ciudad. Quiere arrestarme y dispersar a la gente de las montañas...

—No —interrumpió Qui-Gon con firmeza—. Creo que ella sólo quiere que lo sepas. Y eso es todo.

Elan empezó a dar vueltas por la habitación, con el pelo color plata a su alrededor. Se encaminó hacia la puerta.

—No escucharé esto.

— ¿Qué hay de tus padres? —preguntó Qui-Gon levantando la voz para que le escuchara a través del viento que aullaba en el exterior—. ¿Dónde está tu madre?

Elan se volvió y se encaró con él.

—Eso no es asunto tuyo, Jedi. Pero te lo diré para que no intentes confundirme con tus mentiras otra vez. Mi madre vivió en las montañas toda su vida. Nunca fue a Galu. Mi padre fue un gran curandero, reconocido por toda la gente de la montaña. Estás equivocado.

—Estoy seguro de que las personas que te criaron valían mucho —dijo Qui-Gon—. Pero puede que la sangre de Cana corra por tus venas, Elan.

Miró al Jedi fríamente.

—Puede que en estos momentos tú creas las mentiras de la Reina. Pero te digo, Qui-Gon, que hay un plan detrás de sus palabras. Y de ti depende descubrirlo.

—Se está muriendo —dijo Qui-Gon tranquilamente—. Ella piensa en su legado. Es un regalo que te hace.

—No me lo creo y no lo quiero —contestó con firmeza Elan—. Éste es mi legado. —Gesticuló abarcando la tienda y todo lo que había fuera—. Ésta es mi gente. Son todos descastados. Habrás visto cómo Gala está gobernada por familias poderosas. La gente de la montaña comenzó a existir hace cientos de años cuando los que eran diferentes, es decir, los que tenían los ojos demasiado

oscuros y la piel no suficientemente clara, no tenían familia y se refugiaron aquí. Creamos nuestra propia sociedad, donde la libertad es nuestra primera regla. Mis padres me dejaron esta herencia. Estoy orgullosa de ella. No quiero ninguna corona.

—Has tomado una gran decisión en muy poco tiempo—observó Qui-Gon.

Sus ojos oscuros le estudiaban.

— ¿Y qué es esto para ti, Qui-Gon Jinn? —preguntó suavemente—. Has hecho un largo viaje, casi pierdes tu vida, sólo para decirme eso. Pero Gala no es tu mundo. Ésta no es tu gente. Yo tengo ataduras a algo. ¿Y tú? ¿Por qué debería escuchar a alguien hablarme de legado que no tiene ningún tipo de vínculo con nada?

Qui-Gon se quedó en silencio. Elan estaba tratando de herirle. Algo de lo que se había dicho era exactamente el eco de sus pensamientos.

—Mi comunicador no funciona —dijo Qui-Gon—. ¿Hay alguna manera de entrar en contacto con mi aprendiz en Galu?

—Interceptamos las comunicaciones en las montañas por protección —contestó Elan—. Pero te dejaremos contactar con él tan pronto como la tormenta amaine. Habla con Dana.

Abrió la puerta. El fuerte viento hizo volar su pelo y sus ropas hacia atrás y envió una corriente helada hacia Qui-Gon. Elan no se acobardó.

—Dile a tu aprendiz que cuando el tiempo mejore estarás de vuelta —añadió.

Se perdió en la tormenta.

Cerró de un portazo. Había hecho un largo viaje para nada. Su misión había fracasado.

Capítulo 9

El comunicador de Obi-Wan se había activado cuando se levantó al día siguiente. Por fin, Qui-Gon había contactado con él. Temeroso de usarlo en su habitación, porque todavía estaba bajo vigilancia, se fue a una esquina de los jardines que estaba plantada con especies tropicales salvajes. Cubierto por las gruesas hojas de los árboles, abrió la línea de comunicación.

—Hola, Obi-Wan.

La voz de Qui-Gon sonaba forzada. Obi-Wan presintió que pasaba algo.

—Estás herido, Maestro —contestó preocupado.

—Ya me estoy curando. Me topé con unos bandidos —explicó Qui-Gon—. Pero también encontré a la gente de las montañas.

— ¿Y Elan?

—La encontré —dijo Qui-Gon—. Mi salvador enmascarado resultó ser la persona que buscaba. Pero no he tenido mucho éxito. Ella piensa que la Reina miente para ocultar un plan en su beneficio.

—Podría ser verdad —dijo Obi-Wan.

— ¿Y tú? —preguntó Qui-Gon—. ¿Has descubierto algo?

—Creo que la Reina está siendo envenenada —contestó Obi-Wan.

Rápidamente le explicó sus sospechas y la visita al laboratorio de análisis de sustancias.

La cara de Qui-Gon reflejó la preocupación.

—Son muy malas noticias —dijo.

— ¿Quién podría ser el envenenador? —preguntó Obi-Wan.

—Pregúntate a ti mismo quién se podría beneficiar de su muerte —dijo Qui-Gon—. Si ella muere, su sucesor podría parar el proceso electoral.

— ¡Beju! —gritó Obi-Wan—. ¿Sería capaz de envenenar a su madre?

—Puede ser —dijo Qui-Gon—. Sin embargo, creo que no. Creo que debajo de su enfado hay amor filial.

—No estoy tan seguro —murmuró Obi-Wan. No tenía una buena opinión del Príncipe.

—O podría ser alguien que quisiera que la línea de sucesión continuara —siguió diciendo Qui-Gon—. Como Giba. O podría ser alguien cuyos motivos no son tan obvios. Debes tener cuidado, padawan. Tienes la prueba. Puede que cuando el analizador de sustancias te dé el nombre del veneno tú seas capaz de descubrir al culpable. ¿No me has dicho que Jono es el encargado cada noche de servirle el té?

—No puede ser él —dijo Obi-Wan—. Solamente lo recoge en la cocina y lo sirve.

—Pareces muy seguro de tu nuevo amigo —replicó con voz neutral Qui-Gon—. Pero a veces lo obvio es la respuesta.

—Estoy seguro de él —dijo Obi-Wan.

Se enfadó ante la sugerencia de Qui-Gon. Su Maestro había decidido dejarle a cargo de lo que ocurriera en palacio. ¿Por qué no se fiaba ahora de sus conclusiones?

—Mientras tanto, debes advertir a la Reina —comentó Qui-Gon—. No veo otra solución. Debe sólo comer aquello que le traigan personas de su confianza. O mejor aún, lo que se prepare ella misma.

— ¿Volverás pronto?

Obi-Wan esperaba que la respuesta fuera un sí.

—En unos días. Mis heridas me impiden viajar.

— ¡Pero me habías dicho que ya te estabas curando! —protestó Obi-Wan.

—Sí, pero ellos no lo saben. A Elan no le gustará saber que sus remedios tardan en hacer efecto. Está muy orgullosa de sus habilidades de curandera.

— ¿Elan es curandera? —preguntó Obi-Wan. Le vino a la cabeza un pensamiento—. Pero eso significa que podría saber muchas cosas de venenos.

El tono de voz de Qui-Gon se volvió severo.

—Eso es hacer un salto en un razonamiento lógico, padawan. ¿Estás sugiriendo que Elan podría tener algo que ver con la enfermedad de la Reina? Ella nunca va a Galu.

—Eso no lo sabemos —discutió Obi-Wan—. Me has dicho que se enfadó al encontrarte. ¿Y si ella ya sabía lo de su derecho de herencia? Me has preguntado quién se beneficiaría de la muerte de la Reina. ¿No es Elan la más beneficiada?

—Ella no conocía sus orígenes —contestó Qui-Gon.

—Pudo fingir —dijo con obcecación Obi-Wan.

Si Qui-Gon podía acusar a Jono, ¿por qué no podía ampliar el círculo de sospechosos con Elan?

—Concéntrate en lo que pasa en palacio —dijo Qui-Gon. Obi-Wan notó la desaprobación en su tono de voz—. Yo me ocuparé de Elan.

La comunicación se cortó. Obi-Wan guardó el aparato de comunicación en su bolsillo, decepcionado con su funcionamiento. A veces sentía como si Qui-Gon y él nunca iban a conseguir tener la perfecta comunicación mental que es la señal principal de la buena relación entre Maestro y aprendiz.

Obviamente, Qui-Gon no había convencido a Elan de que ella era la heredera de la corona. Entonces, ¿por qué estaba malgastando su tiempo con la gente de las montañas?

Obi-Wan echó a andar por un camino en dirección a los jardines de la cocina.

Cuando dobló una esquina, casi choca con Jono.

— ¡Obi-Wan! Aquí estás —dijo Jono—. Te he dejado una bandeja con fresas frescas juna para el desayuno. Muy dulces.

Obi-Wan asintió y se encaminó hacia palacio. Se había encontrado a Jono demasiado cerca de él. ¿Habría oído su conversación con Qui-Gon? ¿Era Jono un espía de Giba y Beju después de todo?

Capítulo 10

Obi-Wan había adivinado que la Reina estaba siendo envenenada a través de la bandeja de la cena, pero no podía estar absolutamente seguro. No tenía manera de averiguar en cuánto tiempo actuaba el veneno. No podía jugar con la vida de la Reina.

Fue corriendo a las estancias de la Reina. Estaba sentada en la habitación exterior vestida con su traje de mañana. Tenía sombras negras debajo de sus ojos y el pelo largo caía a lo largo de su espalda. La mesa estaba preparada para el desayuno: té, fruta y un proteínico pastel. Estaba justamente llevando la taza a sus labios con una temblorosa mano...

— ¡No! —gritó Obi-Wan.

Se lanzó sobre ella y tiró la taza. Se hizo añicos en el suelo.

La Reina se volvió despacio hacia él y se le quedó mirando fijamente.

—Eso era parte de mi desayuno —dijo.

—Creo que la están envenenando, reina Veda —soltó de repente Obi-Wan.

La Reina movió su cabeza con dificultad. Le miró fijamente a los ojos

— ¿Qué has dicho?

—No sé quién es el responsable —dijo Obi-Wan desesperadamente—. No tengo pruebas, todavía no. Pero es verdad, no debe beber o comer nada que le preparen.

—Eso es imposible —susurró la Reina.

—Imposible —anunció el príncipe Beju, entrando con grandes zancadas. Giba seguía los pasos de Beju—. ¡El Jedi miente!

— ¿Por qué va a mentir, hijo? —preguntó la Reina sin fuerzas.

—Para ensuciar el buen nombre del palacio —contestó el príncipe Beju—. O por alguna otra razón que todavía no hemos descubierto. ¡No me fío de ninguno de los dos, madre!

— ¿Y dónde está el otro? —preguntó Giba sibilinamente—. Una y otra vez he intentando verle y siempre me han dicho que está descansando o caminando solo por los jardines. ¡No me lo creo! Creo que este Jedi ya nos ha mentado. ¿Por qué no habría de mentarnos otra vez?

—Los dos no habéis hecho otra cosa que acusarme. Me resulta extraño que ni siquiera me habéis concedido la posibilidad de que lo que esté diciendo sea verdad —señaló Obi-Wan—. Si lo que digo fuera verdad, os afectaría. Mirad a la Reina. Cada día está más débil.

El Príncipe se volvió hacia su madre. Su rostro enfadado se relajó un momento y avanzó un paso hacia ella. Después se recobró y se volvió hacia Obi-Wan.

—La enfermedad de mi madre no es asunto tuyo. Y el andar diciendo mentiras

por ahí no la ayuda. ¡Sólo logras que se preocupe! Puede que Qui-Gon Jinn esté metido en este lío de envenenamientos del que hablas. Giba tiene razón. Es extraño que no le hayamos visto. Primero pareció aceptar nuestras condiciones y después rompió su compromiso. ¡Es capaz de hacer cualquier cosa!

—Qui-Gon ha ido a las montañas para tratar de convencer a Elan y que traiga a su gente a votar —dijo Obi-Wan.

Era una media verdad, pero al menos daba una explicación a su desaparición. No podía revelar el secreto de la Reina.

— ¡Qué historia tan ridícula! —se mofó el príncipe Beju—. ¿Por qué podría ser importante la opinión de la gente de las montañas? ¿Por qué nos tiene que preocupar lo que piensen? Obviamente, estás mintiendo otra vez.

La Reina se inclinó para intentar ponerse de pie. Parecía que realizar ese movimiento le costaba un gran esfuerzo.

—No miente, Beju —dijo—. Lo sé. Yo le pedí a Qui-Gon que encontrara a Elan. Lo hizo por mí.

—Pero, ¿por qué? —preguntó el príncipe Beju mirando a la cara de su madre.

—Porque es tu hermanastra —contestó la Reina—. Es el momento de que lo sepas. Tu padre tuvo una hija de un matrimonio anterior al mío. Se divorció de su mujer y abandonó a su hija. Fue una dura decisión...

— ¡No me lo creo! —negó el príncipe Beju con la cabeza—. Ahora eres *tú* la que estás mintiendo. Mi padre no pudo hacer algo tan poco honorable. La familia es la piedra angular de la vida en Gala. Él lo repetía a menudo.

Él no deshonraría el nombre de los Tallah casándose con una persona de las montañas. ¡Y nunca abandonaría a un hijo! ¡Y tú lo sabes!

—Siento haber tenido que contarte esto, Beju —dijo la reina Veda con cariño—. Es verdad. El se arrepintió. Le hubiera gustado hacerlo bien.

—Estás manchando la memoria de mi padre —susurró horrorizado el príncipe Beju—. ¿Vas a seguir avergonzándome?

La Reina se volvió hacia Giba.

—Díselo tú —suplicó—. Tú estabas allí. Sabes que es verdad.

Giba negó con la cabeza.

—Lo siento, Reina. Yo haría cualquier cosa por su majestad. Excepto mentir.

La Reina se cayó hacia atrás. Obi-Wan corrió a sujetarla.

—Ya veo lo que pasa —bramó el príncipe Beju—. Estás compinchada con los Jedi. Habéis conspirado en mi contra. Harás lo que sea necesario para que no sea Rey.

—No, Beju, hijo —dijo la Reina con voz débil—. No...

—Voy a llamar a los guardias —dijo firmemente el príncipe Beju.

Se movió hacia los tubos que colgaban de la pared.

Obi-Wan todavía estaba sujetando los brazos de la Reina. Podía sentir cómo temblaba. Estaba a punto de desmayarse. De repente, con un arranque de fuerza se separó de Obi-Wan. Tuvo tiempo de lanzarle una mirada que significaba que corriera. Después dio un paso hacia delante y se desmayó en los brazos de su hijo.

El príncipe Beju perdió el equilibrio. Agarró a su madre para que no cayera. Giba fue a ayudarlo.

En ese momento Obi-Wan salió corriendo por la puerta.

Capítulo 11

Obi-Wan huyó. Desapareció a través de la puerta hacia los jardines y vio el destello de un vestido plateado de los que usaban los miembros del Consejo y unos ojos azul lechoso moviéndose entre los árboles. Obi-Wan se dio la vuelta y se internó en el huerto.

Tenía que salir de palacio y no podía hacerlo por la puerta principal. Estaba seguro que Giba tenía algo que ver con el envenenamiento de la Reina. Lo que no tenía tan claro es si el príncipe Beju también estaba implicado. El Príncipe parecía haberse conmovido realmente por la situación de su madre.

Oyó pasos que corrían detrás de él. Obi-Wan abandonó el camino que llevaba. Estaba cerca de la alta pared de piedra que delimitaba los contornos del palacio.

— ¡Obi-Wan! ¡Espera, amigo!

Obi-Wan dudó. ¿Podía confiar en él? Le hubiese gustado poder hacerlo. Le caía bien. Pero, ¿había sido una coincidencia que Giba y Beju hubieran entrado en la habitación cuando él estaba hablando con la Reina? ¿Le había perseguido Jono por los jardines y luego había ido a delatarle? La advertencia de Qui-Gon le pesaba como una losa en su corazón.

— ¡Por favor! —gritó Jono.

En otras circunstancias, Obi-Wan habría salido al camino anterior. ¿Y si iba acompañado de guardias? Obi-Wan todavía tenía tiempo para correr.

Sabía que regresarías. He estado esperando mucho tiempo a tener un amigo, Obi-Wan.

Recordó la mirada de Jono ese día, pensativa y sincera. Jono se había fiado de él. Tenía que devolverle el favor. Obi-Wan se detuvo.

Jono apareció a la vista, con su pelo rubio flotando en el aire. Casi cae encima de Obi-Wan, pero, sin embargo, tropezó y salió despedido por los aires.

— ¡Ou! —gritó, frotándose una rodilla. Se quitó el pelo de los ojos y sonrió—. Esto me ayudará a aprender cómo cazar a un Jedi.

Obi-Wan le ayudó a ponerse en pie.

—Puedes correr más rápido.

—Por eso es por lo que me necesitas —dijo Jono—. Debes dejar que te ayude. Venía de camino a atender a la Reina y oí lo que pasó. ¿Crees que la Reina está siendo envenenada? —terminó casi en un susurro.

—Sí, lo creo —dijo Obi-Wan.

—Beju ha llamado a la guardia. No estás seguro aquí, Obi-Wan. Te están buscando.

—Estaba a punto de irme —le dijo Obi-Wan.

—Pero, ¿a dónde ibas a ir? —preguntó Jono frunciendo el ceño.

—Me esconderé en la ciudad —dijo Obi-Wan—. Y esperaré a que vuelva Qui-Gon.

—Te encontrarán —dijo Jono—. Hay espías por todas partes. Iré contigo. Sé a dónde tenemos que ir.

— ¿A dónde? —preguntó Obi-Wan.

—A ver a Deca Brun —dijo con firmeza Jono—. Él nos ayudará.

Los cuarteles generales de Deca Brun estaban situados en una populosa y animada área de Galu, en el medio de la zona de tiendas y de las altas torres residenciales. Anuncios luminosos rojos proclamaban su nombre desde casi todas las ventanas. Enormes pósteres de un sonriente Deca ocupaban las paredes. Debajo, con letras mayúsculas manuscritas por Deca se podía leer: "¡Yo soy tú! ¡Todos somos uno!".

—Fue Deca quien nos demostró que todos éramos parte de Gala —le contó Jono a Obi-Wan según se aproximaban al edificio—. Antes, el linaje familiar era el vínculo más importante en Gala. Los Tallah, los Giba, los Prammi, y otros recibían los favores en los tribunales. Fue Deca quien dijo que todos nos debíamos lealtad entre todos nosotros, los galacianos.

La cara del chico demostraba orgullo

—Me hizo darme cuenta de que existía el mundo fuera de palacio.

Jono empujó y abrió la puerta. La oficina estaba llena de trabajadores de la campaña. Algunos estaban ocupados en las terminales de datos, otros hablaban en grupos.

Un galaciano alto y huesudo vio a Jono. Sonrió y le saludó con la mano.

— ¡Jono! Has venido a hacer de voluntario, ¿no?

Jono se dirigió al hombre.

—Sila, éste es mi amigo Obi-Wan. Necesitamos ver a Deca ahora mismo.

Sila sonrió.

—Todos lo necesitamos, Jono —dijo—. Es difícil pillarle. Está por todas partes. Haciendo discursos, consiguiendo nuevos simpatizantes...

—Pero es importante —insistió Jono.

La sonrisa de Sila desapareció.

—Ya veo —dijo—. Puede que esté en sus alojamientos privados. —Dudaba—. Ven conmigo.

Obi-Wan asintió y Jono se fue. Tomó asiento. De repente una mujer joven asomó la cabeza por una puerta que tenía enfrente—. Manifestación en la calle Thrush. ¿Vais a venir todos? Necesitamos ayuda.

Los trabajadores de Brun se pusieron en pie, cogiendo anuncios luminosos y

señales láser.

—Cuida la fortaleza —le gritó uno de ellos a Obi-Wan. Asintió.

En unos segundos la habitación se había quedado vacía. Alguien se había dejado abierto un fichero electrónico en un escritorio cercano a él. Obi-Wan se inclinó para leerlo.

Un nombre familiar llamó su atención. "Offworld".

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Qui-Gon y él habían tenido un encontronazo con Offworld recientemente. La empresa era una organización que reclutaba esclavos para que trabajaran en sus minas. Habían arrasado planetas, destrozado sus recursos naturales y después se habían marchado de allí.

Y Offworld estaba liderado por un enemigo de Qui-Gon, su antiguo aprendiz, Xánatos.

Obi-Wan examinó más a fondo el dispositivo.

Por lo que pudo deducir, Offworld había donado una gran suma para financiar la campaña de Deca Brun. El dinero había llegado a través de otras empresas galacianas.

Obi-Wan cerró el fichero y miró en otros, pero no había ya más menciones a Offworld. Vio uno titulado "Corporación Minera Galaciana".

Lo examinó. Contenía un plan detallado para abrir minas en la mitad del territorio del pequeño Gala. Eso incluiría el mar Galaciano, la mayor fuente de agua potable del planeta y las casas de los pocos galacianos que se dedicaban al mar.

Obi-Wan leyó rápidamente los planes, que incluían traer emigrantes de otros mundos, construir aeropuertos espaciales para albergar los enormes transportes que eran parte del negocio de Offworld y el "reclutamiento" de galacianos para sus actividades.

La compañía era una tapadera de Offworld.

Deca Brun había aceptado los planes a cambio de financiación, supuso Obi-Wan. Deca se ufana que su capital provenía de las pequeñas donaciones de los galacianos. Eso probaba que tenía un gran apoyo social. Pero lo que realmente ocurría es que la mayor parte de la campaña estaba financiada por Offworld.

Obi-Wan cerró rápidamente el fichero. Se giró y corrió a través de la puerta por la que había desaparecido Jono. Tenía que encontrar al chico, salir de allí, advertir a Qui-Gon.

En vez de eso, se encontró con cuatro pistolas láser apuntándole al pecho. Cuatro guardias estaban de pie en la entrada. Detrás de ellos había otra puerta. Obi-Wan oyó el click del cierre de la puerta por la que había venido.

—Dame tus armas, espía —dijo uno de ellos.

—No soy un espía... —comenzó a decir Obi-Wan.

Empezaron a disparar sus láser. Obi-Wan los oyó silbar al lado de su oreja y estrellarse en la pared que tenía detrás. Saltaron trozos de piedra. Uno de ellos le cortó en la mejilla.

—Dame tus armas, espía —repitió el guardia.

Otro guardia se adelantó. Le quitó a Obi-Wan el sable láser y el comunicador.

— ¿Tú sabes —dijo el guardia iniciando una conversación—cuánta comida se necesita para alimentar la organización de Deca?

Sorprendido por la pregunta, Obi-Wan negó con la cabeza.

—Déjame mostrártelo —le invitó el guardia.

Empujó a Obi-Wan bruscamente hacia delante con su pistola láser.

Le llevaron a un área muy grande de cocinas. Después abrieron una gruesa puerta de acero y le empujaron dentro. Era un depósito de comida. Las cajas se amontonaban en diversas filas en los aparadores y la carne colgaba de hierros en una pared lejana. Hacía frío. Obi-Wan cayó al suelo del enorme congelador. Oyó cómo se cerraba la gruesa puerta y echaban el cerrojo.

Capítulo 12

Cuando Qui-Gon se levantó se dio cuenta de que la tormenta había acabado. No había viento y una extraña calma reinaba sobre el campamento. Al abrir la puerta de la tienda, vio una alfombra blanca de nieve y un cielo azul despejado.

Elan querría que se marchara. Qui-Gon colocó sus cosas intentando ordenar sus pensamientos a la vez. ¿Le quedaba algún argumento que utilizar? Se negaba a darlo por perdido. Presentía que la participación de Elan en el proceso electoral sería trascendental para que tuviese éxito.

Comió un desayuno ligero y se encaminó hacia la tienda de Elan. La gente de las montañas ya estaba en pie. Los niños jugaban con la nieve. Un hombre recogía frutos tardíos del bosque de un arbusto. Dana le saludó con la mano cuando cruzaba un claro del bosque, llevando leña para un anciano.

Qui-Gon llamó a la puerta de la tienda de Elan, y ella le invitó a entrar.

Estaba mezclando póckimas en una mesa de trabajo situada en frente de un pequeño y animado fuego. Qui-Gon recordó las sospechas de Obi-Wan. Las había descartado inmediatamente. ¿Se habría equivocado al hacerlo? Todavía algo de Elan le parecía real, inocente. No podía imaginársela siendo la responsable de condenar a alguien a una muerte lenta por envenenamiento. Qui-Gon acercó una silla a donde estaba ella.

—No te pongas tan cómodo —le dijo—. Te marchas esta mañana.

—La nieve parece profunda —observó Qui-Gon.

—Te daremos un barredor —dijo.

Empezó a mezclar hierbas hasta hacer una pasta.

—Las heridas todavía me crean problemas —dijo Qui-Gon.

—Estoy preparándote una medicina —contestó imperturbable—. Casi tan buena como el bacta. ¿Crees que cambiaré de opinión, Qui-Gon? Si lo crees así, es que no me conoces.

—Ah —dijo—. Pues yo siento que sí te conozco.

El retumbar de un trueno de repente sacudió el ambiente tranquilo. La tienda se movió a consecuencia del estruendo.

—Otra tormenta —dijo Qui-Gon.

Ella sonrió.

—Lo conseguiste.

El trueno retumbó otra vez. Qui-Gon se puso de pie inmediatamente. Cuando miró a Elan vio que su sonrisa había desaparecido.

—Eso no es un trueno —dijo Elan.

—Tanques —respondió Qui-Gon.

Cuando salieron corriendo de la tienda, Dana se dirigía hacia ellos.

—Nos atacan —dijo casi sin respiración—. ¡Es la guardia real! He visto sus insignias.

El ruido de los tanques hizo que el suelo temblara. Qui-Gon los vio aproximarse a través de un amplio claro. Los tanques tenían problemas con la nieve, pero no les impedía avanzar. La gente de la montaña no tenía mucho tiempo para reaccionar.

—Tenemos que desviarlos del campamento —gritó Elan.

Una sombra cayó sobre la nieve. Qui-Gon miró hacia arriba. Una enorme nave de transporte de la guardia real planeaba sobre el campamento. Aterrizó en un prado cubierto de nieve cerca de donde estaban los tanques. Las rampas se deslizaron hacia abajo por todos los flancos de la nave. Más tanques descendieron por ellas.

—Tanques de protones —dijo Qui-Gon—. Las tropas van dentro. No se arriesgan a salir a menos que sea estrictamente necesario.

—El campamento va a ser arrasado —dijo Dana.

Elan se mordió un labio en actitud pensativa.

—El viento vino del noreste durante la tormenta, ¿no, Dana?

—Sí, pero...

—Haz que todo el mundo coja los barredores —ordenó Elan con autoridad—. Haz que Nuni lleve a los niños y a los ancianos a un refugio seguro. Y manda a Viva que coja mis medicinas. Nosotros... nosotros podríamos necesitarlas después. ¡Date prisa!

Dana asintió y salió corriendo. Elan se volvió a Qui-Gon. El Jedi admiró la frialdad de su cara en tales circunstancias.

—Y tú, Qui-Gon —dijo—. Necesitaré todos los barredores para el enfrentamiento. No te puedo dejar uno ahora. Pero te puedes ir montaña abajo por ese camino.

Le señaló un estrecho sendero que serpenteaba más allá de las tiendas.

—Utilizaré el barredor que prometiste dejarme —contestó Qui-Gon.

—Pero, no puedo...

Activó su sable láser y mantuvo su luz verde brillante delante de ella.

—No dejaré a tu gente desprotegida —dijo.

La gente de la montaña estaba lista para partir. Todos los mayores de diez años y menores de ochenta estaban sentados sobre los barredores, según dedujo.

Elan echó una pierna por encima del sillín del vehículo. Qui-Gon hizo lo mismo.

—Este es el plan —les dijo Elan—. Primero, despistamos a los tanques. Hay que confundirlos. Manteneos fuera del alcance de sus cañones. ¿Recordáis el juego del zoomball?

Todos asintieron. Les sonrió, intentando mirarles a todos a los ojos.

—Haced que los tanques sean los postes de las porterías. Volad como si estuvieseis enfrentándoos a los mejores jugadores de la galaxia. Vamos a intentar conducirles fuera del campamento. Entonces cuando ellos se crean fuertes, y estén confundidos, nos los llevaremos hacia el paso de Moonstruck.

— ¿El paso de Moonstruck? —preguntó Dana—. Pero...

Elan sonrió.

—Exactamente.

Qui-Gon no tuvo tiempo de preguntar qué significaba aquello. Elan puso en marcha sus motores y despegó. En unos segundos, era solamente un punto en la distancia. Los otros la siguieron.

Qui-Gon había conducido deslizadores y toda clase de vehículos voladores. Pero ésta era su primera experiencia pilotando un barredor. Los controles del motor, así como la dirección, estaban en el manillar. Encendió el motor tal como había hecho Elan, cogió velocidad y después corrigió su dirección suavemente moviendo la parte derecha del manillar. Inmediatamente, el barredor despegó y se dirigió hacia un árbol.

— ¡Inclínate para girar! —le gritó alguien a su izquierda, y Qui-Gon lo hizo, agarrándose para no caerse.

Una vez que sintió que el barredor estaba bajo control, trató de hacer las maniobras con más cuidado. Ahora ya estaba preparado para mantenerse con los otros, o por lo menos tenerlos a la vista.

De repente, Qui-Gon empezó a entenderse con la máquina. Era más sensible de lo que estaba acostumbrado a manejar, pero también más manejable. Antes de enfrentarse a los cañones, practicó movimientos en el aire y vueltas diversas. Después cogió velocidad para unirse a los otros, que ya casi habían llegado a la zona donde estaban los tanques.

Elan se volvió cuando le vio circular a su lado.

—A tiempo —dijo. Su sonrisa era amistosa, como si hubiesen salido a dar una vuelta con los barredores—. ¿Crees que te las apañarás con la máquina?

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió Qui-Gon, justo cuando un disparo de un cañón se estrellaba contra un árbol que había a su izquierda.

—Lo necesitarás —contestó Elan.

Giró rápidamente su manillar hacia la derecha, para evitar otro láser disparado desde el cañón.

Los barredores se esparcieron en formación, dividiéndose y zumbando al elevarse. Primero avanzaban hacia los cañones y después se retiraban. De

repente, Qui-Gon se dio cuenta del ritmo. Entendió por qué Elan lo había relacionado con un juego. Los tanques parecían torpes comparados con los pequeños y ágiles barredores. Podían subir alto y bajar zumbando hasta la boca de los cañones y después esfumarse sin que la guardia real tuviese la más mínima oportunidad de hacer fuego.

Elan y Dana hicieron que un tanque las persiguiera, perdiéndose montaña abajo. Qui-Gon oyó un estruendo enorme y un grito de alegría lanzado por la gente de las montañas. El tanque había caído en la boca de un barranco.

— ¡El paso de Moonstruck! —gritó Elan.

Paró los motores manteniéndose en el aire mientras otro disparo de cañón no le acertó por un pelo. Después descendió, yendo hacia abajo de las montañas, pero zigzagueando constantemente de derecha a izquierda, arriba y abajo. Qui-Gon siguió su irregular trayectoria.

Los tanques encontraban dificultades para seguirles. Qui-Gon pensó que ellos habrían imaginado que la batalla sería fácil. Sólo tendrían que utilizar sus armas de destrucción masiva en el campo, arrasarlo y después capturar a los supervivientes. No esperaban tener que perseguir a la gente de la montaña colina abajo. Si fueran inteligentes, no les perseguirían. Pero la guardia real estaba oxidada. No habían luchado en una batalla táctica desde hacía varias generaciones. La mayor parte de su trabajo consistía en intervenir en pequeños conflictos en las ciudades. Tenían demasiada fuerza y poca táctica.

Pero Qui-Gon sabía que era mejor no subestimar esos tanques. Una vez que hubiesen capturado a Elan y la gente de la montaña, podían ganar la batalla por la potencia de sus armas. ¿Cómo iban a oponerse unas pocas ballestas láser, y un sable, a semejante armamento?

Qui-Gon permanecía en la parte trasera de los barredores, intentando evitar el fuego que mandaban los tanques. No tenía ni idea de a dónde estaban yendo. Las montañas empezaban a estrecharse por ambos lados. Empezó a preocuparse. Pronto, los barredores no podrían maniobrar libremente y ésa era su única ventaja táctica.

La luz del sol rebotaba en la nieve caída, cegándole. De repente, los barredores que iban delante de él redujeron su velocidad. Qui-Gon rápidamente se fue hacia atrás, en una posición muy poco confortable, cerca del tanque que les perseguía. La Fuerza surgió alrededor de él, advirtiéndole, y se echó hacia la izquierda. El fuego del cañón no le alcanzó por milímetros. Pudo sentir el calor del disparo rozando su espalda.

Qui-Gon se fue hacia delante para alcanzar a los otros barredores. El sol era ahora tan brillante sobre la nieve que apenas podía ver. Usó la Fuerza para que le guiara. Se dio cuenta de que el camino que iba siguiendo se hacía cada vez más estrecho, el cañón que tenían delante se curvaba hacia atrás sobre sí mismo formando una especie de bola. Les atraparían allí, pensó. ¿Había perdido Elan el juicio? ¿O tenía un plan en la cabeza? Le hubiera gustado saberlo.

Consiguió coger la velocidad de los otros barredores, que estaban planeando

alto, encima del desfiladero hacia el cañón. Qui-Gon se unió a ellos. Cuando llegaron los tanques, los iban a hacer pedazos.

Los Jedi están preparados a morir en cualquier momento. Pero, ¿tenía Elan que *invitarle* a hacerlo?

Los tanques rugieron, cogiendo velocidad tan pronto la guardia real se dio cuenta de que iban a atrapar a la gente de las montañas. Los cañones de iones soltaban bombas, más para celebrar el triunfo que como parte de una estrategia de batalla. Los tanques enfilaron el cañón. El primero maniobró para disparar a los barredores que sobrevolaban...

Y de repente se hundió en un enorme agujero. La nieve y el hielo se derrumbaron desde la cima. El segundo tanque se encontró con un suelo de hielo y fue engullido.

Era demasiado tarde para que los otros retrocedieran. Uno a uno iban a parar a la cima cubierta de hielo y nieve y eran engullidos. En unos instantes, todos los tanques habían desaparecido.

Elan se situó al lado de Qui-Gon. El viento helado había hecho enrojecer sus mejillas. Sus ojos relucían.

—No sé por qué pensaste que necesitarías ese sable láser —le dijo.

Capítulo 13

Elan sabía que con el viento del noreste, el cañón habría creado agujeros de

cientos de metros de profundidad. La falta de luz solar por la mañana habría creado una capa de hielo en la parte alta. Apostó a que los tanques se situarían encima, ansiosos por capturar a la gente de la montaña.

Su apuesta había resultado ganadora. La gente de la montaña había ganado la batalla sin tener ni una sola baja. Podrían haber dejado a la guardia real que se muriera de aburrimiento en la nieve. Qui-Gon no podría preverlo, porque no habría desenterrado los tanques. Pero para su sorpresa, Elan organizó una operación de rescate.

Usando taladradores de nieve, que sobrevolaban unos centímetros por encima de la superficie, la gente de la montaña excavó túneles por debajo de las puertas de salida de los tanques. Sacaron a los sorprendidos y agradecidos soldados a la superficie y les llevaron en los barredores de vuelta al campamento.

Les alojaron en la tienda más grande y les trajeron mantas. Pusieron guardias en la puerta de la tienda, pero ninguno de los soldados hizo intención de escaparse.

Estaban agradecidos por tener un cobijo caliente. Se les proporcionó vendas y medicinas a aquellos que lo necesitaban. La caída en la nieve había herido a unos cuantos. Un soldado se había torcido la muñeca. La mujer soldado que conducía el tanque que había caído por el terraplén tenía una herida en la sien. Ésos eran todos los heridos.

Qui-Gon intentó contactar con Obi-Wan por el sistema de comunicación. Necesitaba saber qué es lo que estaba pasando en palacio. ¿Quién había ordenado el ataque? ¿El príncipe Beju? Qui-Gon sabía una cosa: la desesperación había acelerado el ataque. Esto significaba que la situación podía ser tensa en la capital.

Obi-Wan no respondió. Qui-Gon alejó un momento sus preocupaciones. Se dirigió hacia la tienda de Elan.

—Ahora yo tengo un problema —gruñó Elan cuando entró Qui-Gon. Estaba ocupada atendiendo a una persona mayor que se había herido al engancharse con una rama cuando pilotaba el barredor—. ¿Qué voy a hacer con todos ellos? No puedo dejar que se pierdan en la montaña. Quizás tú puedas llevártelos de vuelta a la ciudad.

Esparció un ungüento por la frente del anciano y después le vendó con cuidado.

—Deberías haberte quedado con el resto de los ancianos, Domi —le regañó.

—Soy demasiado joven para ser un anciano —dijo Domi.

Elan suspiró mientras se enjugaba las manos.

—Ahora tengo que alimentarlos a todos. Nos vamos a quedar sin reservas en una semana.

Todavía quejándose, Elan se dio la vuelta. Domi sonrió a Qui-Gon.

—Tiene buen corazón, nuestra Elan —dijo Domi.

—Y respuestas cortantes—dijo Qui-Gon.

Domi se rió.

—Es verdad. —Se tocó su vendaje con muchísimo cuidado—. Tiene las mismas manos para curar que su padre.

— ¿Conocías a su padre? —preguntó Qui-Gon con curiosidad—.

—La memoria de Rowi es todavía venerada por nuestra gente —contestó Domi—. Conocía todas las hierbas de la montaña. Le pasó todos sus conocimientos a Elan. Y su madre Tema era conocida por su coraje. Fue una de las pocas que nos abandonó. Estaba cansada, quería ver el mundo exterior. Pero volvió. La gente de la montaña siempre vuelve.

Domi se deslizó fuera de la camilla.

— ¿A dónde fue Tema? —preguntó Qui-Gon.

—A Galu, donde todos ellos van —contestó Domi—. Y de donde todos regresan. Tema era artesana, y había oído que en palacio necesitaban trabajadores. Quería ver la vida que había más allá de las montañas. Nunca habló de lo que se encontró allí. A mí nunca me ha apetecido ir. Echaría de menos las montañas.

Sonriendo, Domi se fue. Qui-Gon frunció el ceño. Así que Elan le había mentido. Su madre había ido a Galu, después de todo. Y había trabajado en palacio.

Se dio cuenta de que Elan tenía que tener miedo. Él había sacudido su mundo, su creencia de cuáles eran sus orígenes. Puede que ella rechazara sus palabras. Pero seguro que no era capaz de olvidarlas.

Elan había ido a la tienda de las cocinas, pero se había ido al poco de llegar. La preparación de las comidas estaba bajo control. Qui-Gon se fue hacia la tienda de los prisioneros, con la esperanza de encontrarla allí.

Saludó al guardia apostado allí y entró. Los soldados se habían juntado en grupos pequeños y hablaban tranquilamente. Elan no estaba allí. Qui-Gon vio a un oficial sentado solo junto a la unidad de calor. Su túnica tenía rasgaduras y llevaba una mano vendada. Miraba fijamente a las relucientes barras de la unidad de calor.

Qui-Gon se sentó junto a él.

— ¿Estás bien? —preguntó con calma—. ¿Necesitas un médico?

—Él dijo que eran bárbaros —dijo el oficial torpemente—. Dijo que mataban por deporte y que atacarían la ciudad en breve. En vez de eso, nos rescataron de morir de hambre y asfixia. Dijo que tenían que ser aniquilados para salvar a Galu. Dijo que no tenían compasión. Y en vez de eso, nos han dado mantas.

— ¿Quién dijo eso? —preguntó Qui-Gon—. ¿El príncipe Beju?

— ¿Recibir órdenes de ese cachorro? —negó el oficial con la cabeza—. Es Giba quien da las órdenes. Y nos ha decepcionado.

Qui-Gon tenía que hablar con Obi-Wan. Tenían que detener a Giba. Si estaba dispuesto a acabar con la gente de las montañas para matar a Elan, no había duda que estaba maquinando algún plan para hacerse con el gobierno.

Otra vez, Obi-Wan no respondió su llamada. Ahora Qui-Gon sí que estaba realmente preocupado. Algo iba mal. Su padawan sabía lo importante que era estar en contacto.

De repente, Qui-Gon sintió una interferencia en la Fuerza, una onda de peligro. Sólo podía ser de Obi-Wan. Tenía que volver a Galu inmediatamente.

Buscó a Elan, y finalmente la encontró cuando salía de la tienda de los niños. Rápidamente le contó que Giba era el responsable del ataque.

— ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó esquivando su mirada.

—Este ataque se planeó para acabar contigo —dijo Qui-Gon—. Si tiene que acabar con toda tu gente, lo hará. ¿No te da idea eso de lo desesperado que está? No estarás segura hasta que Gala elija a sus gobernantes. Y no hay duda de que esos gobernantes estarán bajo su poder, con lo que tampoco estarás segura entonces. Giba hará todo lo que pueda para conseguir sus objetivos. Creemos que está envenenando a la reina Veda.

Elan palideció. La historia que le había contado sobre ella Qui-Gon volvió a aparecer. Parecía que estaba temblando.

—Te lo dije, no tengo nada que ver con la reina Veda —murmuró.

—Sé que me mentiste sobre tu madre —dijo Qui-Gon tranquilamente—. Ella trabajó en palacio. ¿No puedes ni siquiera admitir la posibilidad de que la Reina esté diciendo la verdad? Me temo que está siendo castigada por compartir la verdad conmigo y contigo.

Elan volvió la cara. Se quedó mirando los árboles.

—Gala decaerá sin ti —dijo—. Debo volver. Ven conmigo.

La mirada de Elan, cuando se volvió, era fiera.

—No seré una Princesa —le advirtió.

—Ni deberías —replicó Qui-Gon—. Elan es suficiente.

Capítulo 14

No sentía los pies. Obi-Wan se quitó las botas y se los frotó para restablecer la circulación. Llevaba encerrado varias horas en la cámara frigorífica. Había estado

andando sin parar para mantener el calor. Había llamado a la Fuerza y la había visualizado como calor y luz.

Se volvió a poner las botas. Buscó en el bolsillo interior de su túnica la piedra de río que Qui-Gon le había regalado en su trece cumpleaños, cuando oficialmente se había convertido en su padawan. La piedra parecía tener algo de calor y la frotó entre las palmas de las manos.

Sabía que cada vez tenía menos fuerzas. No podía seguir andando durante un tiempo ilimitado. Cerró los ojos, mandando un mensaje amplificado por la Fuerza a Qui-Gon. *Tengo problemas, Maestro. Vuelve.*

¿Qué estaba planeando Deca Brun? ¿Era consciente de que estaba aliado con una empresa corrupta que podía devastar el planeta? ¿Sabía lo malvado que Xánatos podía llegar a ser?

La mayor preocupación de Obi-Wan era que Deca hablara con Xánatos y le dijera que tenía encerrado un

Jedi en su cámara refrigeradora. Una vez que Xánatos supiera que era Obi-Wan, también sabría que Qui-Gon andaba cerca.

Y cuando Xánatos supiese eso, intentaría atrapar a Qui-Gon. Había jurado que le destruiría.

Obi-Wan tenía que escapar. Tenía que advertir a Qui-Gon de que Xánatos estaba en medio de todo esto.

Oyó unos ruidos débiles fuera de la puerta del congelador. ¡Quizás alguien viniese a liberarle! Obi-Wan se puso de pie. Acercó su oreja a la puerta, ignorando lo fría que estaba.

Las voces le llegaban débiles. Usó la Fuerza para que le ayudara a distinguirlas de los otros ruidos: el constante zumbir de la cámara, su propia respiración. Se concentró en lo que pasaba en el exterior.

—No me importa —dijo alguien.

Era una voz de un chico joven.

—Yo también tengo que hacer mi trabajo. Tengo un turbocamión lleno de carne que entregar. Ya está pagada. No habrá carne en una semana si no la meto en la cámara. Se lo puedes preguntar a Deca Brun. Yo no lo haré.

—Nadie entrará ni saldrá —contestó el guardia bruscamente.

Obi-Wan se concentró en la Fuerza como si fuese un láser. *Está bien, todos necesitamos comer.*

—Está bien, todos necesitamos comer —dijo el guardia—. ¡No te muevas de ahí! Yo la colocaré dentro.

Obi-Wan oyó cómo se descorría el cerrojo. Avanzó hacia la puerta. Se abrió y entró un transporte tan ancho que taponaba toda la salida.

Obi-Wan siguió avanzando. Empujó contra el vehículo con todas sus fuerzas,

ayudándose de la Fuerza otra vez. El pesado transporte retrocedió hacia el guardia.

El chico del transporte dio un empujón adicional. El vehículo fue a parar contra la pared, aprisionando al guardia. Este soltó un grito de enfado y empujó el pesado transporte. No se movió.

El chico se quitó la gorra. Era Jono.

—No hay nada como el trabajo en equipo —le dijo a Obi-Wan, sonriendo.

—Gracias por el rescate —respondió Obi-Wan agradecido.

Bajaron corriendo por un pasillo y llegaron a una oficina desierta. Los débiles rayos de un sol naciente se filtraban a través de la ventana. Obi-Wan dudó.

—Mi sable láser —dijo—. Y mi comunicador...

—No podemos pararnos a esperar ahora —interrumpió Jono—. Vendrán a por nosotros en seguida. —Le cogió del codo y tiró de él—. El príncipe Beju ha encarcelado a la Reina. Ella se niega a comer. Estoy preocupado, Obi-Wan. Creo que se está muriendo. ¡Vamos!

Una luz de primera hora de la mañana iluminaba la ciudad. La luz gris se combinaba con tonos rosáceos. Los galacianos empezaban a moverse. Los cafés empezaban a abrirse en los principales bulevares mientras ellos corrían.

—Hablé con los otros miembros del Consejo —le contó Jono a Obi-Wan—. Era un riesgo que tenía que asumir. Quieren reunirse contigo y discutir qué hacer con Giba. Han formado una alianza en su contra. Encarcelar a la Reina fue un error. Giba y el príncipe Beju han ido demasiado lejos.

—Antes tengo que ir a ver a alguien —le dijo Obi-Wan a Jono.

Jono le lanzó una mirada de incredulidad.

—Pero, no hay tiempo que perder. ¡Hoy es el día de las elecciones, Obi-Wan!

—Esto es importante, Jono —dijo Obi-Wan con firmeza—. Tengo que parar un momento en un laboratorio que analiza sustancias. Si se ha identificado una sustancia, tendremos una prueba de que la Reina estaba siendo envenenada. Necesitamos esa prueba.

Jono negó con la cabeza.

—No podemos, Obi-Wan. El Consejo de Ministros está esperando. Les prometí llevarte allí inmediatamente.

—Si sabemos lo que está envenenando a la Reina, puede que haya un antídoto —discutió Obi-Wan.

Jono se mordió un labio.

—Pero...

—Es por aquí —dijo Obi-Wan señalando una calle transversal.

Giró una esquina, sabiendo que Jono le seguiría.

Estaba a unos pocos minutos del laboratorio de Mali Errat. Estaba cerrado y oscuro, pero Obi-Wan golpeó la puerta. Mali sacó la cabeza a través de una ventana del segundo piso. Su mata de pelo blanco creaba un extraño halo alrededor de su cabeza.

— ¿Quién es? —rugió—. ¡Quién viene a estas horas de la mañana!

— ¡Soy yo, Mali! —gritó Obi-Wan.

Dio un paso en la calle para que el científico pudiera verle bien.

— ¡Joven impaciente! ¿Dónde has estado? —gritó

Mali, balanceándose excitado en el alféizar de la ventana—. Tengo tus resultados. Estaré abajo en un momento.

Instantes después la puerta se abrió. Mali estaba de pie en el recibidor vestido con su único traje. Sujetaba una hoja grande llena de datos.

— ¡Soy un genio! —proclamó.

— ¿Qué has encontrado? —preguntó Obi-Wan.

—He buscado cada grupo de agentes químicos en toda la galaxia —dijo Mali—. Cada compuesto, cada veneno secreto, cada químico... ¿Y sabes por qué no he podido encontrar tu agente venenoso?

Obi-Wan negó con la cabeza impaciente.

— ¡Porque era un ingrediente *natural*! —rugió Mali—. ¡Qué sorpresa! ¿Quién los usa ya? ¡Nadie! Es dimilatis. ¡Una hierba! Crece en las llanuras del mar de Gala. Una especie o dos de ellas son inofensivas. Pero la gente de aquí sabe que si se seca, y se usa en determinadas proporciones, tiene los mismos efectos que una enfermedad devastadora. Enfermedad mortal, al final.

—Si crece en las llanuras del mar de Gala es probable que también lo haga en los jardines de palacio —dijo Obi-Wan pensativo.

—Vamos Obi-Wan, corre —urgió Jono—. Se lo tenemos que contar al Consejo.

— ¿Hay algún antídoto? —preguntó Obi-Wan.

Mali esgrimió un frasco.

—He creado uno. Esto te costará...

Obi-Wan descargó todos los créditos que llevaba en las manos del anciano. Agarró el frasco. Instando a Jono a que se diera prisa, corrieron hacia palacio.

Jono llevó a Obi-Wan a una parte del palacio que nunca había visitado, arriba en la torre desde la que se oteaban los jardines.

—Necesito encontrar a la Reina —dijo Obi-Wan impaciente.

—Me dijeron que te trajera aquí —dijo Jono nerviosamente—. Los guardias cuidarán de ti. Tú solo no podrías hacerlo. Ellos te llevarán ante la Reina.

Obi-Wan se acercó a la pequeña ventana. Miró abajo y vio la copa de un gran lindemor. Debajo se alienaban las ordenadas filas de los jardines de la cocina.

— ¿Conoces bien a los jardineros Jono? —preguntó—. ¿Habría alguno de ellos que pudiera participar en un complot contra la Reina?

—No lo sé —dijo Jono.

—Tienen que saber mucho acerca de las hierbas —dijo Obi-Wan en actitud pensativa—. ¿y qué hay del consejero de los ojos azules y blancos? Siempre está en los jardines.

—Viso es el apoyo más incondicional de la Reina —dijo Jono.

—Un miembro del Consejo podría tener acceso a las habitaciones de la Reina —comentó Obi-Wan reflexionando—. Pero aun así, sería extraño que entrara llevando comida.

El acceso era la clave, lo sabía. El veneno tenía que ser puesto en la comida de la Reina por alguien que no despertara sospechas...

Un pensamiento atravesó su mente como si fuese un láser. El color verde que había abajo se le volvió borroso. *Jono*. Su amigo era el único que tenía acceso a los jardines y a la comida. Qui-Gon tenía razón. A veces lo obvio es la respuesta.

Jono había dicho que echaba de menos el mar. El veneno venía de las tierras cercanas al mar. Tenía el deber diario de recoger flores para el jarrón de la Reina. Era fácil que recogiese también un poco de dimilatis. Y Jono era el encargado de llevar cada noche el té a la Reina, como Qui-Gon había señalado.

Obi-Wan se dio la vuelta. Jono retrocedió.

— ¿Qué pasa, Obi-Wan? —preguntó.

Tenía una mirada de preocupación, pero Obi-Wan sintió su nerviosismo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —dijo Obi-Wan calmadamente—. Tú envenenaste a la Reina.

— ¿Envenenar a la Reina? ¡Yo no podría hacer una cosa así! —gritó Jono—. ¡Sabes que podría haber sido cualquiera!

—Pero no lo fue —dijo Obi-Wan—. Fuiste tú.

Qui-Gon le decía a veces que no estaba en contacto con la Fuerza viviente. Pero ahora Obi-Wan podía ver la culpabilidad de su amigo como si tuviese un sensor. Vio la desesperación y el miedo en los ojos de Jono. Y algo más: ira.

No dijo nada, sólo mantuvo la mirada de Jono.

Lentamente, la máscara de inocencia se fue cayendo de la cara de Jono.

— ¿Y por qué yo no debería haberlo hecho? —preguntó suavemente Jono—. ¡Gracias a ti, Jedi, casi me echan de palacio!

—Pero matar a la Reina... —comenzó a decir lentamente Obi-Wan.

— ¿No entiendes, Obi-Wan? —gritó Jono—. ¡Esto es todo lo que tengo! Los

Dunn han sido parte de la familia real durante generaciones. Es lo que me han enseñado, para lo que me han criado. El honor de mi familia depende de mí.

Jono hizo un gesto de súplica con sus manos.

— ¡La *Reina* depende de ti! —añadió Obi-Wan—. ¡Tu trabajo es protegerla!

De repente, la cara de Jono se enrojeció de ira.

—Me habría echado a la calle —dijo—. Una vez que Deca Brun sea elegido, contratará a sus propios sirvientes. ¿Dónde iré? ¿Qué podría hacer? ¿Tengo que ser uno más? Sí, soy un sirviente. ¡Pero vivo en palacio! —dijo esta última palabra con mucho orgullo.

—Jono —dijo Obi-Wan triste—. Yo confié en ti.

La ira desapareció de la cara de Jono.

—Cometiste un error —dijo suavemente—. Eres mi amigo. Me caes bien, Obi-Wan. Pero creo que prefiero seguir viviendo en palacio.

Obi-Wan se giró cuando oyó el sonido de unos pasos. Giba llegaba. Seguramente le iban a encarcelar o matar.

—Lo siento, Obi-Wan —dijo Jono—. De veras.

—Guárdate tu compasión —dijo Obi-Wan, dirigiéndose hacia la ventana. Saltó al borde y calculó la distancia que habría al suelo. Estaba demasiado alto para dejarse caer. Pero la Fuerza lo guiaría.

—No la necesito —dijo.

Y saltó al vacío.

Capítulo 15

El brillante color verde de las hojas del árbol lindemor le deslumbró. Obi-Wan se agarró a la Fuerza de la vida de las cosas que le rodeaban, concentrándola para sí mismo. Según iba descendiendo, logró agarrarse a una de las ramas del árbol. Los dedos de una de sus manos se aferraron con fuerza en una rama y con la otra mano pudo agarrarse a otra rama que había debajo. Así, agarrándose a las ramas, pudo llegar hasta un punto en el que alcanzó el suelo dando un pequeño salto.

No se molestó en mirar hacia arriba. Seguramente Giba habría ya llamado a la guardia real para que le buscaran. Tendría que llegar hasta la Cámara del Consejo sin ser visto.

Obi-Wan se deslizó por las cocinas. Pasó corriendo entre los sorprendidos cocineros, se metió por las despensas, atravesó las zonas destinadas a comedores y encontró el pasillo que llevaba al ala del palacio destinada para el Consejo de Ministros.

Los pasillos estaban desiertos. Obi-Wan corrió a través del pasillo de piedra, echando de menos su sable láser. Oyó el sonido de pasos de dos personas que se aproximaban. Se metió en la primera habitación que vio.

Cerró la puerta tras él y se apoyó contra ella. Oyó cómo pasaban de largo.

Soltó un resoplido de alivio. Salvado. Por el momento.

Se encontró que estaba en una especie de habitación real de recepción. Un banco ornamental se situaba en una plataforma en uno de los extremos de la habitación. Tenía enfrente filas de sillas. Tapetes brillantes adornaban las paredes. Detrás del banco había armas antiguas.

Había otra puerta justo en el extremo contrario de la habitación. Obi-Wan se dirigió a ella. Bajó el tirador lentamente y empezó a tirar para intentar abrirla con cuidado. Aun así, notó un empujón desde el otro lado de la puerta. Debido a la combinación de fuerzas de los dos lados de la puerta, se abrió con fuerza y entró tambaleándose en la estancia el príncipe Beju.

Recuperó su posición normal en un momento y miró con ojos centelleantes a Obi-Wan.

—Estabas escondiéndote como un cobarde, ¿no? No te valdrá de nada. Los guardias están por todas partes. De hecho estarán aquí en un segundo.

El príncipe Beju se dirigió hacia las series de tubos colgantes que se usaban en palacio para llamar a los guardias y a los sirvientes. Se aproximó a un tubo rojo.

— ¿Y eres tú quién habla de cobardía? —comentó Obi-Wan fríamente, intentando ocultar su desesperación. Si el príncipe Beju tocaba ese tubo estaba perdido. Y también estaría perdida la Reina—. ¿Por qué llamas a la guardia?

El príncipe Beju dudó.

— ¿Me estás llamando cobarde, Jedi?

Obi-Wan se encogió de hombros.

—Sólo estoy sacando una conclusión. Desde que he llegado aquí me has tratado como si fuese un cobarde. Pero siempre que lo decías tenías a un guardia a tu lado. ¿Qué valen las palabras cuando los actos las contradicen? Yo siempre he dado la cara solo, mientras que tú te has presentado con otros que tendrían que luchar por ti. ¿Y soy yo el cobarde?

El príncipe Beju enrojeció de ira. Su mano soltó el tubo. Se dirigió a la vitrina que contenía las armas antiguas. Levantó la tapa y sacó una afuera.

— ¿Sabes lo que es esto, Obi-Wan Kenobi? —preguntó, enseñándole lo que había cogido.

—Es una espada —contestó Obi-Wan.

Nunca había usado ese arma, pero había visto pinturas en el Templo Jedi. Era como el sable láser, sólo que hecho de metal.

El príncipe Beju levantó la espada, y después pasó el filo a través de un tapete. Se partió en dos.

—Las mantenemos afiladas —dijo—. Estudié esgrima como parte de mi formación. Mi padre insistió en que lo hiciera.

Realizó un movimiento con el arma delante de Obi-Wan, que no se movió de su sitio.

— ¿Crees que sabrías manejar una? —preguntó el príncipe Beju—. ¿O es que los Jedi sólo lucháis con las vuestras? De esa manera, siempre tenéis ventaja.

Sus dientes brillaban al sonreír tentadoramente a Obi-Wan.

— ¿Por qué no lo averiguamos? —preguntó Obi-Wan manteniendo un tono neutral de voz.

Tenía que mantener su mente preparada y concentrada en la batalla que le esperaba. No podía dejar que las pullas del Príncipe le afectaran.

Beju sacó otra espada de la vitrina y se la lanzó a Obi-Wan. Antes de que hubiese agarrado correctamente la empuñadura, el príncipe Beju ya había lanzado su primer golpe de ataque. Obi-Wan tuvo el tiempo suficiente de esquivarlo, pero el filo de la espada le alcanzó y le rasgó la túnica. Sintió como la sangre corría a lo largo de su brazo.

— ¿Has tenido suficiente? —preguntó Beju en tono de mofa.

Como contestación, Obi-Wan se lanzó hacia delante. El sonido del metal restalló en el aire cuando Beju logró detener su ataque. Beju empujó hacia él. Obi-Wan se sorprendió de lo fuerte que era el chico. Estaba en mejor forma de lo que Obi-Wan había previsto.

Beju seguía atacando, rozando a Obi-Wan, que seguía parando todos los golpes. Su entrenamiento con el sable láser le ayudaba en el combate, pero no estaba acostumbrado a tener que levantar su brazo cada vez que las espadas quedaban enganchadas. La espada pesaba más que el sable láser, de manera

que sus artes de batalla no le servían de mucho. Beju se aprovechaba de esta ventaja, yéndose hacia delante, con su espada reluciendo al moverse en el aire. Por primera vez, Obi-Wan tuvo dudas de que pudiese ganar al Príncipe jugando en su terreno.

Las dudas en la batalla, existir no pueden.

Siempre, en los momentos de dificultad, las enseñanzas de Yoda venían a su mente. *Confianza, existir debe. Confianza en la Fuerza. Alcanzarla, tú puedes.*

Sí, tenía una ventaja de la que Beju no disponía. Obi-Wan intentó concentrar la Fuerza. La notó alrededor de él. Las dudas desaparecieron. La confianza creció en él. Ganaría porque tenía que ganar.

De repente, la espada le pareció familiar en su mano. Su peso y su medida ya no le eran extraños. Saltó encima del banco real y cayó después hacia Beju, con la espada en alto, después hacia abajo, moviendo la espada en el aire y sorprendiendo al príncipe Beju. Beju dio un paso hacia atrás, poniendo su arma en posición defensiva, intentando evitar la potencia del ataque de Obi-Wan.

La mente de Obi-Wan se aclaró. No tenía nubes de odio o amargura. Necesitaba parar a Beju. Volvió a atacar, intentando que Beju soltara la espada.

Pero el Príncipe logró defenderse. La ira le dominaba, y la ira como apoyo a un buen entrenamiento puede ser un aliado poderoso. Beju lanzó una ofensiva a Obi-Wan. Golpeaba una y otra vez mientras Obi-Wan repelía todos los embistes, sintiendo la potencia de los golpes de Beju en todo su brazo, que empezó a dolerle.

El sudor empapaba la cara de Obi-Wan. Beju perdió el equilibrio y se tambaleó. Llevaban ya bastante tiempo luchando. La cara del príncipe Beju estaba roja de agotamiento. Obi-Wan podía sentir el cansancio de su enemigo. Esperaba que eso le hiciese cometer algún error.

Se lanzó hacia Beju otra vez. Obi-Wan consiguió llevárselo a una esquina. Ahora Beju estaba encerrado, no podía evadir sus ataques. Con un golpe realizado desde abajo, Obi-Wan consiguió hacer que Beju tuviera que soltar la espada. El Príncipe se lanzó a por ella, intentando coger la empuñadura con ambas manos, mientras que Obi-Wan se subía de un salto a una silla para defenderse del próximo ataque.

Una voz que retumbó detrás de ellos rompió el silencio.

— ¡Es suficiente!

Una figura encapuchada se movía hacia ellos. Vestía los atuendos plateados de los Ministros del Consejo. Obi-Wan reconoció al anciano que había visto aparecer y desaparecer misteriosamente en los jardines.

—Perderás, Príncipe. Cualquiera puede verlo.

— ¡No perderé! —gritó el Príncipe, justo en el momento en que el pie de Obi-Wan caía sobre su muñeca, impidiéndole recuperar la espada.

—Además, Viso —gruñó Beju—, ¿cómo puedes decir que voy a perder? ¡Eres

ciego! No puedes ver ni tu propia mano aunque te la pusieras delante de tus ojos.

Obi-Wan se fijó más a fondo en el anciano. Se dio cuenta por primera vez de que sus ojos azul lechoso no podían ver. Con un rápido movimiento, Obi-Wan se agachó y recogió la espada del Príncipe del suelo.

—Vi que ibas a perder hace tiempo —continuó diciendo Viso tranquilamente—. No me refiero a esta batalla. Has faltado a la verdad demasiado tiempo. Cuando un hombre hace eso, termina perdiendo.

—Deja de hablar con circunloquios, anciano —dijo el príncipe Beju retorciéndose y poniéndose en pie—. Tus historias siempre me han aburrido.

—La reina Veda no te ha mentado, Príncipe mío —replicó Viso con tranquilidad que contrastaba con la rudeza de la de Beju—. Pero tu padre sí que lo hizo. Y Giba también. Los hombres a quien admiras también. Pero tu madre, que te aburre, no.

— ¡Fuera! —gritó el Príncipe—. ¡Haré que los guardias te encierren por mentiroso!

—Entonces tendrás que probar que miento. ¿No quieres ver mis pruebas antes? ¿Eres lo suficientemente valiente para enfrentarte a ello? —preguntó Viso en el mismo tono calmado.

Obi-Wan miró a Beju. Vio que el Príncipe no podía dar marcha atrás. Viso le había llevado hacia una emboscada de la misma manera que él lo había hecho durante la batalla.

—Bien, anciano —dijo el Príncipe con una sonrisa de desprecio—. Muéstrame eso que tú llamas pruebas. Y después me daré una gran satisfacción enviándote a la cárcel de la torre.

Viso hizo una reverencia. Hizo un gesto para indicarles que le siguieran. Les condujo fuera de la habitación, a través de otra gran sala de reuniones. Les introdujo en una antecámara pequeña que había detrás.

La habitación estaba completamente vacía. Las paredes y el suelo eran de piedra azul clara. En el suelo había sido trazado un intrincado diseño de hilos de plata que cruzaban de esquina a esquina de la estancia.

—Quédate de pie en el cuadrado que hay dibujado en el centro, por favor, príncipe Beju —dijo Viso.

De repente el príncipe Beju parecía nervioso.

—El cuadrado dentro del cuadrado —dijo—. Mi padre me habló de esto. Nunca me lo explicó. Él decía que... él decía que cuando fuese lo suficientemente fuerte para enfrentarme a esto significaba que ya estaba preparado.

— ¿Y ahora eres lo suficientemente fuerte? —preguntó Viso.

El príncipe Beju se situó en el centro del cuadrado. Tan pronto como sus pies tocaron el cuadrado, las paredes empezaron a brillar. Obi-Wan observó sorprendido cómo de repente rayos de luz dorados rodeaban al príncipe Beju

formando diversos dibujos en el aire. No podía identificar de dónde provenían. Parecían surgir del aire.

Entonces Obi-Wan se dio cuenta de que aunque los rayos dorados proyectaban sombras sobre el suelo y las paredes, no hacían sombra o marca alguna sobre Beju.

—Ya lo ves —comentó Viso tranquilamente—. No tienes la marca de la corona, mi Príncipe. Le pertenece a otro. No eres el legítimo heredero.

El Príncipe dio un paso fuera del cuadrado. Los rayos de luz desaparecieron inmediatamente.

Obi-Wan esperaba que el Príncipe estallara de rabia, o que dijera que eso no significaba nada. Esperaba que se encarara con Viso y que llamara al anciano loco o mentiroso. Pero el Príncipe no hizo ninguna de esas cosas.

Lentamente se agachó sobre las rodillas. Ocultó la cabeza entre las manos. Obi-Wan vio que sus hombros se agitaban.

Viso se acercó y se quedó de pie apoyado en el hombro de Obi-Wan.

—Acaba de perder todo lo que creía saber —murmuró—. Debes ayudarlo, Obi-Wan.

Después Viso se fue, dejando a Obi-Wan con el Príncipe llorando.

Capítulo 16

¿Ayudar al príncipe Beju? Ni siquiera le caía bien a Obi-Wan. Hasta hacía sólo unos instantes, Beju le habría atravesado alegremente el corazón con una espada.

Pero Viso tenía razón. Beju había perdido todo lo que creía saber, todo en lo que confiaba. Su padre era su héroe. Giba le había reemplazado. Y ahora no tenía nada en lo que creer.

Obi-Wan se acurrucó a corta distancia de Beju.

—Tu padre actuó honorablemente al final de su vida, príncipe Beju —dijo tranquilamente—. Reveló lo que había hecho. Y tu madre le perdonó porque le vio arrepentirse. A veces el arrepentimiento es lo único que podemos ofrecer a aquellos que hemos herido.

Beju rodeó sus rodillas con los brazos. Mantenía la cabeza agachada.

—Mi Maestro Jedi me dice siempre que asumir un golpe es empezar a recobrarse de él —continuó Obi-Wan pacientemente—. Ahora debes decidir qué es lo mejor que se puede hacer. ¿Quieres ser el príncipe de Gala?

No esperaba que el Príncipe le contestara. Pero Beju levantó la cabeza. Fijó sus ojos en Obi-Wan. Todavía tenía la marca de las lágrimas vertidas en su cara.

—No sé lo que quiero ahora —susurró—. Ahora no sé nada.

—Todavía eres el Príncipe —señaló Obi-Wan—. Elan no quiere serlo. Hasta las elecciones, tú eres el legítimo heredero de la Reina. Así que tienes una oportunidad. Puedes ejercer de Príncipe: rescata a tu madre y encarcela a Giba. Si la gente no te vota, dejarás un gobierno que funciona y que todavía es fuerte.

—Giba me dijo que la gente me votaría al final —dijo el príncipe Beju con dificultad—. Me decía que la gente me tenía afecto. Pero cuando caminaba por la ciudad pude ver que no era así en los ojos de la gente, pero no me atrevía a enfrentarme a ello. ¿Qué puedo hacer ahora? Hoy es el día de las elecciones.

—Puedes detenerle —dijo Obi-Wan firmemente—. Él sólo quiere mantenerse en el poder. Lo hará utilizando cualquier medio que tenga a su alcance. Si la gente se entera de que las elecciones no son legales, se declarará una guerra civil. Debes asegurarte de que las elecciones tienen lugar sin incidentes.

El príncipe Beju frunció el ceño.

—Giba es demasiado listo para depender de mí.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Obi-Wan.

Se encogió de hombros.

—Tiene que tener un plan de reserva. Puede que ya se haya asegurado otra manera de ganar...

Obi-Wan se sintió descorazonado. Los asuntos de palacio siempre terminaban complicándose. Las intrigas eran demasiado abundantes. Deseó que Qui-Gon estuviera allí.

Justo en ese momento, oyó gritos en las calles exteriores del palacio. Obi-Wan se levantó y se dirigió a la Cámara del Consejo. Beju le siguió corriendo.

Se fueron rápidamente hacia la ventana. Cientos de personas, quizás miles, enfilaban desde lo alto de las montañas hacia Galu. Algunos de ellos iban en barredores. Escoltaban un batallón de la guardia real, que marchaba entre ellos.

Comandaba la cabeza del grupo una mujer, con su pelo plateado ondeando al viento detrás de ella. Cerca estaba Qui-Gon. Los galacianos habían salido a la calle para ver lo que pasaba.

—Tuviera el plan que tuviera Giba, ha fracasado —le dijo Obi-Wan a Beju—. La gente de las montañas viene a votar.

Capítulo 17

Qui-Gon se encontró a Obi-Wan esperándole en las puertas de palacio. Se animó al ver a su padawan.

—Intenté contactar contigo con el comunicador — le dijo.

—Estuve involuntariamente retenido en una cámara frigorífica —contó Obi-Wan con una sonrisa de medio lado—. Veo que has convencido a Elan después de todo.

Qui-Gon asintió.

—Cuando la guardia real atacó, se dio cuenta de que se la necesitaba aquí. ¿Dónde está Giba?

Obi-Wan condujo a Qui-Gon dentro de palacio.

—El príncipe Beju ha dictado una orden de arresto. No podrá escaparse de los guardias por mucho tiempo más.

— ¿El príncipe Beju? —preguntó extrañado Qui-Gon.

No esperaba que el Príncipe se volviera en contra de su aliado.

—Se dio cuenta de que no podía confiar en él —explicó Obi-Wan, frunciendo el ceño—. Espero que no sea demasiado tarde para la Reina. Mandé a un médico con el antídoto, pero está muy débil.

—Has estado muy ocupado, padawan —le dijo Qui-Gon, haciéndole un gesto de aprobación.

Se había cuestionado las habilidades de Obi-Wan para solucionar los problemas que había en palacio. Cuando no pudo comunicarse con él, se preocupó al pensar que había dejado solo al joven padawan con una situación que le iba grande. Obviamente, Obi-Wan se había encontrado con problemas y obstáculos, pero los había logrado superar.

—Tenías razón respecto de Jono —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon le puso una mano en el hombro.

—Siento que fuera así.

Entraron en la zona de recepción de la Reina. El príncipe Beju estaba de pie esperándoles.

— ¿Está Elan contigo? —preguntó a Qui-Gon.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Se ha ido a ver a Wila Prammi. Puedo concertaros una cita, si quieres.

El Príncipe frunció el ceño.

—Todavía no lo sé —dijo dubitativo—. Primero, debo ver cómo van las cosas aquí. Mientras hablamos, Giba está siendo arrestado.

— ¡Yo creo que no! —dijo Giba irrumpiendo en la habitación. Ondeaba en el

aire con una mano una hoja que contenía su orden de arresto—. Esto viene firmado por el príncipe Beju. No tiene validez. Tú no gobiernas Gala, Príncipe. —Giba le dirigió una cortante sonrisa—. Y nunca lo harás. Cuando muera la Reina, otra ocupará su lugar. Pero no tú.

—Todavía no estoy muerta. —La Reina estaba de pie en el hueco de la puerta. Tenía que apoyarse en las manos, pero permanecía erguida, con la cabeza alta—. ¡Guardias! —llamó con voz apagada a los dos guardias que la flanqueaban—. ¡Arrestadle!

De entre sus ropas, Giba sacó el sable láser de Obi-Wan. Qui-Gon se quedó sorprendido, pero en un segundo ya había activado el suyo.

—Creo que no es muy recomendable enfrentarse a un Jedi con ese arma —le dijo con agrado a Giba.

—No me importa tu opinión —le contestó Giba acercándose a él.

El sable láser de Qui-Gon fue un chorro de luz verde borroso cuando expertamente rechazó el golpe torpe de Giba, giró y acertó de pleno en la muñeca de Giba. El ministro estaba desarmado y en el suelo antes de que nadie pudiese ni darse cuenta.

Qui-Gon alcanzó el arma de Obi-Wan y se la entregó de vuelta. Los guardias se dirigieron hacia él para arrestar a Giba.

—Esperad —dijo Giba a la desesperada—. No tenéis que acatar las órdenes de la Reina. Durante años habéis obedecido mis órdenes. Obviamente, la casa real ha perdido el control. ¿No habéis visto lo que ha pasado? ¡Elan ha llegado con un ejército! La guerra civil va a estallar de un momento a otro. Sólo hay una esperanza. Debemos apostar y fiarnos de Deca Brun. Es demasiado tarde para que se celebren unas elecciones. Si me dejáis marchar, lo traeré aquí.

— ¿Y por qué te iba a escuchar Deca Brun, Giba? —preguntó el príncipe Beju.

—Porque soy un sabio y reconocido Ministro del Consejo, dedicado a mi adorada Gala —contestó Giba.

— ¿Dónde conseguiste ese sable láser, Giba? —preguntó Obi-Wan.

—Lo encontré en palacio, por supuesto —contestó Giba—. Se te cayó cuando escapabas de los guardias.

—Eso no es verdad —dijo Obi-Wan—. Un Jedi no deja caer su sable. Me lo quitaron los hombres de Deca Brun.

— ¡Yo no sabía nada de eso! —replicó Giba—. Y ahora no sé de qué me estás acusando.

—De estar compinchado con Deca Brun —contestó Obi-Wan con un tono de voz firme.

Qui-Gon le miró sorprendido. ¿Era un farol de Obi-Wan o tenía pruebas de ello?

Nadie se dio cuenta de que Jono se había colado en la habitación.

—Es verdad —empezó a hablar a media voz—. Giba tenía miedo de que el Príncipe perdiera las elecciones. Hizo un trato con Deca Brun. Le encontraría dinero y apoyo desde el exterior de Gala.

—Offworld —dijo Obi-Wan—. Vi las grabaciones en la oficina de Deca.

Qui-Gon se volvió hacia Obi-Wan sorprendido de nuevo.

—Sí que has tenido que estar *muy* ocupado —murmuró.

—A cambio, Deca le encontraría un lugar en su nuevo gobierno —concluyó Jono—. Giba no quería perder su poder de ninguna de las maneras.

—Arrestadle —repitió la Reina sin muchas fuerzas.

Los guardias pusieron rayos de luz alrededor de sus muñecas y se lo llevaron.

—Se acabó todo —dijo la Reina.

Beju cruzó la estancia y se dirigió hacia ella. Pasó un brazo encima de sus hombros para ayudarla a sujetarse.

—Excepto la votación —dijo—. Dejemos que la gente decida.

Capítulo 18

Wila Prammi salió elegido Gobernador de Gala por un amplio margen de votos. El príncipe Beju renunció a su candidatura para apoyarla. Le contó lo que sabía de Deca Brun, revelando su pacto con Giba y con Offworld. Después de hablar con Wila, Elan decidió apoyarla también, consiguiéndole todos los votos de la gente de la montaña.

Las calles de Galu se llenaron de gente que celebraba la victoria de Wila. La gente de la ciudad y de las montañas cantaban y gritaban juntos. A pesar de que Gala había tenido su peligro de revolución, habían logrado hacer una transición de poder pacífica.

No quedaba nada que retuviese ya a los Jedi en Gala. Qui-Gon estaba preocupado al enterarse de que Xánatos estaba implicado en lo que había pasado en este planeta. Su antiguo aprendiz ya debía saber que Qui-Gon y Obi-Wan eran los Jedi enviados como Guardianes de la Paz. Su viejo enemigo podría venir a buscarles. Qui-Gon no quería poner en peligro la paz de Gala. Lo mejor era desaparecer en la galaxia.

Qui-Gon fue a las estancias de la Reina para celebrar su última audiencia. Se encontró a la Reina de pie en la ventana mirando hacia Galu. Lucía un vestido azul oscuro con brillos de plata. No llevaba joyas y su pelo largo estaba peinado con sencillez. Los signos de su enfermedad todavía empañaban su belleza, pero Qui-Gon vio otros nuevos de salud en el ligero color de sus mejillas y en la claridad de sus ojos.

—Se me ha regalado algo único, Qui-Gon, algo que no esperaba —dijo—. Estaré viva para contemplar mi legado. Beju encontrará un camino mejor —dijo con una amplia sonrisa—. Todavía no se ha dado cuenta, pero yo estoy segura de ello. Gala será libre y vivirá en paz.

—Hablé con Elan —dijo Qui-Gon—. Regresa a las montañas, pero ha establecido un lazo de unión con Wila. No creo que se aisle de nuevo completamente.

—Yo también hablé con Elan —dijo la Reina—. Es una mujer joven muy destacada. De momento, ha rechazado tomar el apellido Tallah, pero lo considerará. Lo añadiría al apellido de sus padres, por supuesto. Cabezota hasta el final.

—¿Y Jono? —preguntó Qui-Gon—. Obi-Wan está preocupado por él.

—Aunque Jono nos haya traicionado —dijo la Reina—, es mejor para todos olvidar. Jono será castigado, o al menos el chico lo entenderá como un castigo. Se le ha devuelto a su familia y va a aprender a ser granjero. Será uno más ahora.

—Y puede que aprenda algo sobre la libertad —observó Qui-Gon.

—Eso espero —coincidió la Reina—. Espero que todos lo hagamos. —Estudió un momento a Qui-Gon—. Todo ha terminado bien. Has cumplido tu misión. Y, sin embargo, pareces triste.

—Es verdad —admitió Qui-Gon—. Estoy intentando comprender por qué. A veces los dictados de nuestro propio corazón son un misterio.

La Reina asintió.

—Pregúntaselo a Beju —dijo—. Mi hijo está empezando a comprenderse a sí mismo.

—He estado pensando en lo que dejaré cuando me muera —dijo Qui-Gon—. Viajo de mundo a mundo. Mi conexión con cada *ano* de ellos es muy débil. ¿Cuál será mi legado?

La Reina sonrió. Extendió los brazos para abarcar a la ciudad de Galu que podía ver debajo de ella. Fuera, Qui-Gon veía a la gente que iba a trabajar, que se paraba a hablar en las calles o se encontraba al doblar una esquina. Era una escena con mucha vida, pacífica.

—Esto —dijo ella con amabilidad.

No dijo más. Pero Qui-Gon entendió su silencio. Desde el primer momento en el que había aterrizado en Gala, un sentimiento de resolución le había golpeado dentro de él con fuerza. Como Jedi, tenía que dejar a su paso justicia y honor. No importaba si sus huellas desaparecían, o si años después nadie en Gala recordaba que dos Jedi habían aparecido para ayudar a que la transición fuese pacífica en su planeta. Recordarían la paz, y eso era suficiente.

Y tenía a Obi-Wan. Tras cada misión, estaba más convencido de que su padawan se estaba convirtiendo en un ser extraordinario, incluso entre los Jedi.

Lo que le enseñaba perduraría. Eso era suficiente legado.

Y además, seguro que había legados todavía tenía que encontrar.

Qui-Gon llevaba ya un rato con la Reina. Obi-Wan estaba sentado en la Cámara del Consejo con Elan y Beju. No se hablaban entre ellos. Viso les había pedido que se encontraran. Obi-Wan se estaba preguntando qué es lo que el miembro del Consejo planeaba.

Viso entró en la habitación. Echó hacia atrás su capucha y los miro con sus ojos azul lechoso, ojos que no podían ver pero que todavía sabían cómo mirar.

—Gracias por haber venido —les dijo—. Quiero enseñaros algo. A ti también, Obi-Wan.

Le siguieron a la antecámara de paredes azules. Viso condujo a Elan hasta situarla en la mitad del cuadrado que estaba en el centro.

Tan pronto como sus pies rozaron la marca, la fuente de poder de las paredes empezó a brillar. Lanzó rayos de luz. El pelo plateado de Elan acogió la luz, creando un halo plateado alrededor de su cara.

Los rayos dorados de repente la rodearon, pasando cada vez más deprisa. Después se dispersaron en una explosión de luces destellantes.

Parecía que Elan brillara. Y entonces, Obi-Wan lo vio. La silueta de una corona se dibujó en su corazón.

— ¿Lo ves, Elan Tallah? —preguntó Viso—. Tú eres la princesa Elan.

Elan miró abajo a la sombra que se perfilaba en su pecho. La tocó, la cogió con una mano y observó la luz dorada moviéndose en su piel. Después salió del cuadrado. Los rayos se recogieron. Las paredes se oscurecieron. La habitación pasó a ser una simple estancia vacía otra vez.

—La última Princesa —dijo Elan.

Viso se volvió hacia Beju.

— ¿Quieres que te escolte hasta tus habitaciones, mí Príncipe?

Beju tragó saliva. Negó con la cabeza.

—Mi nombre es Beju —dijo.

Elan sonrió y le cogió de la mano.

—Vamos, hermano. Vayámonos juntos.

Obi-Wan vio cómo Elan y Beju salían de la habitación a la vez, seguidos por Viso.

Elan y Beju habían cambiado completamente su idea de lo que habían heredado de sus padres. Habían forjado un camino nuevo, tomando como legado sus propios caracteres, no sus posiciones sociales.

Eso, decidió Obi-Wan, era la verdadera marca de la grandeza.

Él, además, estaba en un camino que no podía prever. El Código Jedi era una parte de él tan importante como la herencia Tallah lo era para Elan y Beju. Sus ataduras no eran menos trascendentales.

Obi-Wan se dio cuenta de que había aprendido algo inesperado en esa misión. Tenía un nuevo sentido del propósito.

Cuando se giró, se encontró a Qui-Gon de pie en el marco de la puerta, esperando. Le hubiera gustado hablarle a su Maestro de su nuevo propósito, de las preguntas que se había hecho cuando Qui-Gon estaba en las montañas, las preguntas acerca de su legado y lo que significaba.

Pero su Maestro parecía tan severo. Obi-Wan sabía que Qui-Gon tenía muchas ganas de partir de Gala. Su próxima misión les esperaba. Qui-Gon le diría que tenía que concentrarse en ella. Delante tendrían nuevas preguntas, nuevas complicaciones.

Siempre más preguntas que respuestas hay, Yoda les había dicho.

Qui-Gon interrumpió los pensamientos de Obi-Wan.

—Es el momento de partir —dijo.

Obi-Wan asintió.

—Estoy preparado.